SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL ABATE L'EPÉE Y EL ASESINO

O

La huérfana de Bruselas

DRAMA DE ESPECTÁCULO

EN TRES ACTOS, ARREGLADO DEL FRANCÉS

por el Excmo. Señor

DON JUAN DE GRIMALDI

CUARTA EDICIÓN

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
739

LA HUERFANA DE BRUSELAS

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ABATE L'EPÉE Y EL ASESINO

O

LA HUÉRFANA DE BRUSELAS

DRAMA DE ESPECTÁCULO

EN TRES ACTOS, ARREGLADO DEL FRANCÉS

por el Excmo. Señor

DON JUAN DE GRIMALDI

Representado por primera vez en Madrid el 6 de Julio de 1825

CUARTA EDICION

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CRISTINA, *bajo el nombre de Enriqueta, huérfana*.....	D.ª	Concepción Rodríguez.
LA MARQUESA DE BELVIL		Gerónima Llorente.
AGUEDA, *su criada*.....		Concepción Velasco.
ROSA, *su criada*.....		Teresa Baus.
EL ABATE L'EPÉE..... .	D.	Joaquín Caprara.
VALTER, *abogado de Bruselas.*		José García Luna.
CARLOS, *hijo de la Marquesa.*		Santiago Casanova.
JUAN EL RUBIO.....		Antonio de Guzmán.
EL PROCURADOR DEL REY		Antonio Silvostri.
BONAR, *mayordomo*..... ...		Luis Fabiani.

Criados y criadas, aldeanos y aldeanas, gendarmes y ministros de justicia

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de la quinta de Belvil: está cerrado en el foro por una reja que se abre en el medio. A la derecha del actor está una de las fachadas laterales de la casa, con una puerta a la que se sube por dos ó tres gradas adornadas de tiestos y estatuas. A la izquierda hay una puertecita que conduce á la huerta, y entre el primero y segundo bastidor del mismo lado, un cenador con un banco de jardín. En el foro, más allá de la verja, representa una campiña fértil y vistosa.

ESCENA PRIMERA

BONAR y JUANEL RUBIO

JUAN (Al paño.) Dejad mi rocín en la puerta principal. No tengáis cuidado, no se os escapará... Voy á la huerta con el señor Bonar á coger ciruelas. (Llegando á Bonár que está tomando un polvo.) ¿Con que es de veras lo que acabáis de decir, mi señor Bonar?

BONAR No lo dudéis, amigo Juanito. La señora Marquesa de Belvil, llega hoy mismo á esta quinta con el señorito. La señorita Enriqueta y yo hemos tenido cartas de París... Conque...

JUAN En este caso, señor Bonar, dejaré las ciruelas para otro día, y con vuestro permiso

722593

vuelvo corriendo á casa, porque, como lo sabéis, para venir de París á la quinta de Belvil, es preciso pasar por el pueblo. Por supuesto, la señora querrá descansar en casa, como que somos sus arrendadores; y Agueda, mi mujer, que no sabe nada, se azoraría, y tal vez no haría la debida acogida á los señores: conque, señor Bonar, hasta luego.

BONAR Hombre, cachaza... No os aturdáis. Cuando vuelve la señora tan aprisa, no es sin motivo, y no me parece que piense en descansar en vuestra casa.

JUAN ¿Y quien os ha dicho eso? Es día de fiesta en el pueblo: se bailará en nuestra granja, y además, ya sabéis, señor Bonar, cuánto le gusta nuestro pueblo á la señora... Como que le gusta más que su quinta y su hermosa casa de París: pues ha hecho construir á propósito para ella y el señorito, un pabellón frente por frente de nuestra habitación, sólo por tener el gusto de dormir en la granja, y de beber leche calentita de nuestras vacas cuando va á París ó cuando vuelve... Conque por más que digáis, señor Bonar, podría muy bien suceder, que, según costumbre, hiciese noche en la granja; mucho más, como os decía, habiendo fiesta en el pueblo.

BONAR ¡Qué obstinación! Vamos... Oid lo que dice esta carta, y veréis... Justamente la tengo aquí, y mis gafas también... París... (Lee.) Y es de ayer. (Hablando.)

JUAN Ya, ya estoy.

BONAR (Lee.) «A las once en punto, Santiago...» ¿Ya sabéis? Santiago el cochero. (Interrumpiéndose.)

JUAN ¿Santiago? Ya, ya: ese es el de los de...

BONAR Pues... (Lee.) «Santiago vendrá con la berlina á la granja de Juan el Rubio...»

JUAN ¡Eh!... ¿No os decía yo? A la granja de Juan el Rubio.

BONAR Hombre, déjame acabar. (Lee.) «A la granja de Juan el Rubio, para que desde allí pueda mandar volver el coche á París, y seguir

más cómodamente y sin dilación hasta la quinta, donde llegaremos antes de la doce.»

JUAN Pues señor, paciencia. Será para otra vez... ¡Ay! Conozco alguien de la quinta que debe alegrarse mucho de la noticia...

BONAR ¿A quién?

JUAN Toma, la señorita Enriqueta.

BONAR Chito.

JUAN ¿Y qué, qué teméis? Nadie nos acecha ni nos oye

BONAR (Con intención.) Hay novedades, amigo Juanito; hay novedades, os repito. Entre las cartas que recibí ayer, hay una para el notario, que debe estar aquí hoy mismo á las doce.

JUAN ¿A las doce?

BONAR A las doce en punto.

JUAN ¡Hombre! ¿Sería posible que por fin esa amable señorita se casase con nuestro señorito?

BONAR Chito. No habléis todavía de eso.

JUAN Ya... Ya sé que la señora Marquesa, que es riquísima, de una gran familia, y... un poquito orgullosa... Vamos, puede decirse sin murmuración, porque por lo demás, es la mejor mujer de París; no vería ese matrimonio sin algún sentimiento... Una joven huérfana, que no se sabe quién es, ni de dónde viene...

BONAR Callad, por Dios, hombre, callad. Cuando digo que hay novedades... ¿No lo entendéis? Hay novedades... Es cuanto puedo deciros por ahora, á más que no sé más.

JUAN Y bien, á fe de Juan el Rubio, señor Bonar, que daría de buena gana cien fanegas de trigo, porque se verificase la boda, aunque no fuera más que por ver rabiar un poquito á mi mujer, que me está predicando todo el día: «Este amor acabará mal... Es una muchacha que no tiene padre ni madre... Tal vez será esto... tal vez será lo otro... ¿Quién sabe?...» En fin, todo cuanto la pasa por la fantasía. ¿Sabéis lo que contesto yo á todo eso, señor Bonar? La señorita Enriqueta es amable, bonita y virtuosa, y al cabo. . vir-

tud, amabilidad y hermosura, pueden muy bien suplir en una mujer á parientes y á doblones.

BONAR Ya se ve. Sin embargo, es preciso confesar, amigo Juanito, que los doblones... en fin, los doblones... siempre... siempre son doblones; en lugar que la hermosura, y algunas veces la virtud .. con el tiempo... ¿estáis?... con todo... sé muy bien... en fin... como que... pues...

BONAR Ya, ya se ve. En el fondo soy del mismo parecer. (Sacando un reloj.) ¡Hombre, ya las diez! Abur, señor Bonar; hay una hora de camino de aquí á la granja y con vuestro permiso...

BONAR ¿Hombre, y las ciruelas?

JUAN Serán para otro viaje. Conque si queréis hacerme el favor de abrirme la verja...

BONAR Con mucho gusto... Voy á acompañaros hasta la puerta principal, en donde os está esperando vuestro amigo el rocín.

JUAN Muchas gracias por los dos, señor Bonar.

ESCENA II

Bonar y Juan se van hablando por la reja aparte.—En el foro VALTER, que parece reconocer el sitio, sale por la verja que se ha quedado abierta, y tiene en la mano un libro de memorias

A una legua del pueblo de Belvil me han dicho, hacia la derecha, después de haber pasado el bosque y el puentecito... Esto es... y esta hermosa habitación debe ser la quinta de la Marquesa de Belvil... ¿Si encontraré por fin el objeto de mis pesquisas, esa Cristina que se me escapó de Bruselas, y tras la que voy corriendo hace ocho meses? Si todos los informes que he tomado, todas las señas que la casualidad me ha proporcionado son exactas, la joven huérfana que han amparado en esta quinta, podrá muy bien ser mi fugitiva; la llaman Enriqueta... Es natural que haya mudado de nombre... no podía conservar el suyo sin darse á conocer... su

causa ha tenido demasiada celebridad. Pero dicen también que el señor Carlos de Belvil, hijo de la Marquesa, se ha enamorado de ella. : Si Enriqueta es con efecto mi Cristina, esta circunstancia podría perjudicar á mis proyectos. La Marquesa y su hijo, según me han dicho, están en París. Es regular que esté con ellos la huérfana. Mejor, tendré más libertad para mis indagaciones, y si llego á encontrar alguien de la casa, pronto sabré... Gente viene.

ESCENA III

VALTER. BONAR que vuelve y abre enteramente la verja

BONAR (Son más de las diez... puedo dejar la verja abierta.)

VALTER (Es uno de los hombres que estaban hablando aquí.)

BONAR (Es más cómodo, y... ¡Hola! ¿Quién será este forastero? No le he visto entrar.)

VALTER Agur, amigo.

BONAR Caballero, bésoos las. . (No conozco yo á este amigo.) ¿Qué se os ofrece, señor? ¿A quién buscais?

VALTER ¿Sois, según parece, de esta casa?

BONAR Sí, señor. Me llamo Eleuterio Saturnino Bonar, y hace cuarenta y tres años y medio que tengo el honor de ser el mayordomo de la quinta. ¿Con que os servireis decirme qué se os ofrece?

VALTER (Los señores están ausentes, tomemos un pretexto.)

BONAR (¿Qué sé yo? No me hace mucha gracia esa cara.)

VALTER Señor de Bonar, quisiera ponerme á los pies de la Marquesa de Belvil.

BONAR ¿El señor conoce á la señora Marquesa? (Quitándose el sombrero.) Le pido mil perdones... Como que nunca había tenido el honor de verle en casa... La señora y su hijo están ausentes... Pero deben de volver pronto á la

quinta... Dentro de una hora, ó dos á lo más... Si quereis esperarles, la señorita Enriqueta podrá recibiros.

VALTER ¿La señorita Enriqueta? ¿Con que no acompaña á la señora Marquesa?

BONAR Nunca; ha suplicado á la señora la permita quedarse siempre en la quinta... Es que no le gusta el gran mundo... Y á fe mía que no dejaría de hacer papel en él.

VALTER (Esto va confirmando...) He oído hablar mucho de esa interesante joven ¿Qué edad podrá tener?

BONAR Representa unos diez y ocho ó diez y nueve años. (¡Qué curiosidad!)

VALTER (Esa es su edad...) ¿Es bonita?

BONAR Como un ángel. (Es muy particular; ¿si será algún pariente?)

VALTER Y su país, su familia, ¿los conoceis?

BONAR Pero, señor, permitidme advertiros que esas preguntas son bastante delicadas. Me parece que tomais por la señorita un interés que se aumenta á cada contestación que os doy.

VALTER Es que cada una de vuestras contestaciones aumenta ese interés.

BONAR (Vamos... No hay duda... Es algún pariente... Si pudiera aprovecharme para descubrir... Tratemos, pues, de satisfacerle.)

VALTER ¿Con que parece que la señora Marquesa ha acogido á esa joven sin conocerla?

BONAR Sin conocerla, es verdad. Pero bastaba el que se interesase por ella el más venerable de los hombres, nuestro buen Abate L'Epée...

VALTER ¡El Abate L'Epée!... ¿Y cómo desde París?...

BONAR ¿Con que ignorais que el señor Abate L'Epée dejó la corte hace más de un año?

VALTER Soy extranjero... Y sólo hace algunos días que he llegado á Francia... Así no extrañeis...

BONAR Pues sí señor; el Abate L'Epée, no pudiendo por su avanzada edad y sus achaques seguir con el cuidado de ese benéfico instituto que le inmortaliza, dejó su dirección en manos de su discípulo y amigo el Abate Sicard, y vino á retirarse á este pueblo, que tuvo la

gloria de haberle visto nacer. Modesto pastor de nuestra grey, nos dirige más bien con sus ejemplos que con sus preceptos, aprovechando así los restos de su gloriosa vida, y consagrándolos á la felicidad de sus paisanos, como á la mayor gloria de Dios.

VALTER Muy bien. ¿Pero dónde y cómo conocía Enriqueta ese respetable anciano, para poder interesarse por ella? ¿Y cómo vino á presentarla á la Marquesa?

BONAR Voy á contaros cómo. Puedo decirle sin indiscreción, porque todo el mundo sabe aquí cómo sucedió. Un día vino aquí el señor Abate á ver á la señora, y le contó con la más viva emoción que una joven extranjera, que parecía muy desgraciada, acababa de llegar de Belvil á pie, sin guía, aniquilada de fatiga y de necesidad, pidiendo algunos auxilios para llegar hasta París. La señora, que es la misma caridad, envió á buscar al instante á esa joven, y le preguntó á qué iba á París; si tenía allí parientes ó amigos. La joven, llorando, contestó que era sola en la tierra. No se pudo saber más de ella sino que se llamaba Enriqueta, que era huérfana y francesa, que la muerte acababa de robarle su bienhechora y que no tenía más esperanza ni otras miras yendo á París que colocarse en alguna casa decente, en donde pudiesen ser útiles sus cuidados y servicios. Pero esta sucinta relación la hizo con un tono tan interesante... tan interesante, que la señora no titubeó un momento en admitirla en la quinta, en donde todos, todos, sin excepción, hemos venido poco á poco á quererla y respetarla como si fuera hija de nuestra buena señora.

VALTER (No hay duda, ella es.)

BONAR ¿Cómo ella es? Conoceis, pues...

VALTER Os doy mil gracias, señor Bonar. Los pormenores que me habeis dado me han interesado mucho.

BONAR Así me ha parecido. ¿Sereis sin duda algún amigo, algún pariente tal vez de la señorita?

VALTER No.

BONAR ¿Cómo, no? Sin embargo, me habeis hecho unas preguntas muy raras en boca de un extraño, y no sé lo que debo pensar...

VALTER Nada, señor mayordomo; estoy agradecido por vuestra complacencia. (Aprovecharé un momento para ver á Cristina sin testigos.) Agur, señor Bonar.

BONAR ¿No queréis entrar á descansar un rato?

VALTER Vuestros amos no están casa.

BONAR ¿Queréis que dé parte á la señorita Enrique-del interés que parecéis tomar en todo lo que le pertenece?

VALTER Como gustéis. (Yéndose.)

BONAR Pero si os sirvieseis dejar vuestro nombre, entonces... (Siguiéndole.)

VALTER No es necesario.

BONAR ¿Volveréis? (Bonar se queda suspenso.)

VALTER Tal vez. (Se va muy despacio.)

ESCENA IV

BONAR, solo

Pues señor, el hombre es rarísimo, y á fe mía que me pesa haberle dado tantas explicaciones. Yo creía que se daría á conocer; que sería, por lo menos, un pariente... y que era deber mío el... hum... Todo esto no es bueno... En adelante tendré cuidado... ¡Ah! El señor Abate L'Epée.

ESCENA V

DICHO. EL ABATE L'EPÉE

ABATE Buenos días, Bonar.

BONAR Bendito sea el cielo cada vez que tenemos la felicidad de veros, señor Abate. Os daré una noticia. La señora vuelve á la quinta.

ABATE Lo sé.

BONAR Toma, ¿y quién os lo ha dicho?

ABATE Enriqueta, en una esquela que me envió ayer tarde; tened la bondad de decirla que estoy aquí.

BONAR ¿De modo, que os ha escrito la señorita?

ABATE Me favoreceréis pasando el recado al momento. Me está esperando.

BONAR Voy volando. (Vamos, vamos... Hay novedades; el Notario, el Abate, todo el mundo avisado.) Voy, (El Abate le hace señas de ir.) señor, voy volando. (Todo esto me huele mucho á preparativos de boda... Sólo el extranjero me... Hablaré á la señora.) (Entrando en la casa.)

ESCENA VI

EL ABATE, solo

Enriqueta quiere verme: necesita absolutamente, según me escribe, hablarme antes de que llegue la Marquesa y su hijo. Temo mucho que la juventud y los encantos de esa amable joven originen muchas desgracias... Ella viene... Cada día inspira mayor interés.

ESCENA VII

EL ABATE y CRITINA

CRIST. (Sale de la casa mirando si alguien la acecha; se acerca después al Abate con viveza y le besa respetuosamente la mano.) ¡Oh, padre mío!... Sí, padre mío... ¡Me habéis permitido daros este nombre, tan dulce para el corazón del huérfano!

ABATE Y bien, hija mía, ¿de qué nace la turbación que manifestáis? ¡Derramáis lágrimas! ¿Habéis tenido nuevas penas y necesitáis confiármelas?

CRIST. ¡Ay, padre mío! No poseo en el mundo más que vuestra estimación, vuestra amistad. Si

tuviera que perderlas, no resistiría á esta última desgracia.

ABATE ¿Qué significa ese temor? ¿Me creéis, pues, tan injusto?

CRIST. No... no.. Cualesquiera que sean las revelaciones que debo haceros, no me desampàréis Os juro que no soy culpable.

ABATE ¡Vos, señorita, culpable! ¿Y de qué? No lo creí nunca. Vamos, sosegaos, habladme sin temor.

CRIST. El señor Carlos de Belvil .. (Baja los ojos.)

ABATE Os ama, lo sé. No os sonrojéis, hija mía; este amor os honra, porque es en obsequio más bien de vuestras virtudes que de frágiles atractivos... Sin embargo, he visto nacer este amor con alguna inquietud, y no me he atrevido á desear que fuese correspondido.

CRIST. Nunca me aluciné... El señor Carlos no debió pensar, bien lo sé, en una infeliz que no recibió el ser más que para conocer la desgracia, y el cielo me es testigo que no he tratado nunca de merecer su amor.

ABATE Sin embargo, ¿le amáis también?

CRIST. Nunca lo he dicho. (Vivamente.)

ABATE ¿Con que lo ignora Carlos?

CRIST. No lo creo, señor.

ABATE Lo entiendo. Y la señora Marquesa, cómo mira este amor?

CRIST. Todo debía persuadirme que nunca cedería á los deseos de su hijo. Tomad, (Sacando una carta.) señor; ved la carta que Carlos me ha escrito... Leed... Ved cuán feliz podría ser.

ABATE (Después de haberla leído.) No puedo comprender ya la causa de vuestras lágrimas. Carlos os adora y merece ser correspondido; su madre os abre los brazos. Hoy, dentro de un instante, debéis de dar el sí deseado. La amistad, el amor, la fortuna, todo os favorece: ¿por qué, pues, afligirse todavía?

CRIST. ¡Ay de mí! Nunca fuí más digna de compasión. Todos los que se interesan por mí van á aborrecerme, á abandonarme.

ABATE ¿Qué decís?

CRIST. No tengo más que á vos por guía, por apoyo;

debo deciros toda la verdad. Me señalaréis la conducta que debo adoptar, y os obedeceré, aunque sea á costa de mi vida.

ABATE ¿Cuál es, pues, ese misterio?

CRIST. Enriqueta no es mi nombre.

ABATE ¡Cómo!... (Con severidad.)

CRIST. ¿Habéis oído, sin duda, hablar de una joven de Bruselas, muy desgraciada, acusada de un odioso crimen, sentenciada á un suplicio infame?

ABATE ¿De una joven de Bruselas? Con efecto, una huérfana llamada Cristina, fué, hace algunos meses, sentenciada... ¡Os turbáis!... ¡Cielos!... ¡Sería posible!...

CRIST. Sí, señor... Soy Cristina.

ABATE ¡Vos!

CRIST. ¡Ah! No me desamparéis. Soy inocente... os lo juro... Soy inocente. (Arrodillándose.)

ABATE Levantaos, hija mía. Aunque fuérais culpable. Dios perdona al arrepentido. ¡Pero, cómo es posible!...

CRIST. Dignáos oirme, y pronunciaréis. No os he engañado sobre mi nacimiento. Ignoro quiénes son mis padres. Apenas nací, fuí recogida por la condesa de Liñg. Me amó como madre, y nunca hija fué más querida. Esto empezó á despertar la envidia de sus parientes. Yo no pensaba en el porvenir. La condesa murió... ¡Ay! ¿Por qué no la he seguido á la tumba? Me creí, desde luego, desamparada, pues madama de Liñg no me habló nunca de mi suerte futura. Se abre el testamento... Yo no presenciaba esta triste ceremonia, más que por respeto á su memoria. Cuál fué, pues, mi sorpresa, y la cólera de su familia, al verme instituída única heredera de sus inmensos bienes, con la licencia de llevar su título principal. ¡Ay, cuán funestos han sido para mí estos favores!... Su familia, rica y poderosa, resolvió perderme. Quise abandonarlo todo... Un monstruo, llamado Valter, se opuso á ello, ofreciendo salir á defender mi derecho. Le creí, por mi desgracia; le creí, porque había sido por muchos años el abogado, el amigo de

mi bienhechora. Le creí, y el pérfido estaba vendido á mis enemigos. No os diré qué arbitrios se emplearon... Mi juventud é inexperiencia no me permitian penetrar tantos horrores. El testamento que me instituía heredera, fué atacado ante los tribunales por toda la familia. Se dijo que era falso, se me acusó de haberle forjado yo misma... Me pintaron con colores odiosos... pagaron testigos para acusarme de un sinnúmero de crímenes... Yo no me defendí, confiada en Valter, que me había encomendado el silencio... No pude nunca comunicar con mis jueces... Cada día el cruel me anunciaba mi triunfo... Y fuí sentenciada...

ABAT. ¡Gran Dios! ¿Qué me decís? ¿Pero no apelásteis de esta sentencia?

CRIST. No sabía nada de lo que necesitaba hacerse, y Valter, que me engañaba todavía, me hizo huir para sustraerme á la ejecución de la sentencia... Entonces fué cuando empecé á conocerle... Pero ya no era tiempo: mi desgracia era completa... Lo que me ha admirado siempre, y lo que me parece incomprensible después de sus procederes, de que tan pronto como fuí sentenciada se atrevió á declararme que me amaba, y á pesar de la sentencia que deshonraba, me ofrecia casarse conmigo en país extranjero; amenazándome de entregarme á la justicia si desechaba sus protestas... No menos espantada de su amor que del peligro de mi situación, una noche me escapé del asilo que ese monstruo había elegido para mí, y salí furtivamente de Bruselas. Me dirigí hacia París, sola, sin dinero, sin recursos, no teniendo más apoyo que mi conciencia, ni más esperanza que la bondad de Dios

ABAT. ¡Infeliz! Me habéis dicho la verdad... La mentira no conoce lenguaje tan cándido. Os he llamado hija mía por un impulso de compasión que me inspiraba vuestra edad y desamparo; pero ahora más que nunca quiero ser vuestro padre.

CRIST. ¿Con que no me abandonaréis?

ABATE Nunca, hija mía, nunca... ¿Pero tendréis valor para cumplir las obligaciones que voy á imponeros?

CRIST. Sí, señor; hablad, ¿qué debo hacer?

ABATE Dejar esta casa; no debéis admitir la mano de Carlos sin daros á conocer: y no podéis daros á conocer sin el mayor peligro. En tan difícil alternativa, la huida es vuestro único recurso.

CRIST. Pero, señor, ¿es hoy mismo, en esta misma mañana, cuando se espera al notario para extender los contratos?

ABATE Este acto preliminar que no manda ni consagra nuestra santa religión, es una mera formalidad, á la cual podeis prestaros en unas circunstancias tan críticas... En fin, hija mía, cualquiera esfuerzo que necesitéis imponeros, tratad hasta el anochecer de detener vuestras lágrimas, de ocultar vuestro dolor... ¡Esta misma noche tendréis otro asilo! A una legua, lo más, de Belvil, en el camino de París, está el pueblo de Renebal: en él vive mi anciana hermana: después de la oración id á buscarme á la fuente de los Sauces, donde os estaré esperando. Os llevaré á casa de esa buena hermana, os confiaré á sus cuidados, y marcharé inmediatamente yo mismo á Bruselas.

CRIST. ¡A Bruselas! ¿Con qué intento? ¡Ah, padre mío, ya no es tiempo!

ABATE Siempre es tiempo para hacer que triunfe la verdad. Para que salga de las tinieblas, basta algunas veces la voz de un hombre de carácter. Hablaré, pues, á los magistrados con aquella firmeza poco común en defensores; y no será la primera vez, hija mía, que habré conseguido arrancar al crimen la máscara que le disfraza. La experiencia que he adquirido en sesenta y cinco años de un estudio especial del corazón humano; la convicción íntima que llevo de vuestra inocencia... sobre todo, aquella confianza en Dios que nunca me engañó, me permiten esperar mucho de mi viaje...

CRIST. ¡Padre mío! ¡Qué generosidad!

ABATE ¡Generosidad! No, hija mía: cumplo con un deber, el más sagrado de mi ministerio. El que enseña á los otros la virtud, debe practicarla primero... Adiós, pues, hija mía... Animo... Voy á disponerlo todo para vuestra marcha... Sostened esta prueba con la fuerza de una conciencia pura, y confiad, si no en los débiles esfuerzos del pobre de L'Epée, al menos en la justicia del Dios protector de la inocencia.

ESCENA VIII

CRSTINA, sola

¡Conque ya se decidió mi suerte! Es preciso huir. ¿Huir en el mismo momento en que voy á confirmar las esperanzas de Carlos? ¿Huir, cuando voy á dar el primer paso que le afiance mi fe? ¡Ay! ¿qué pensará de mí? ¿No se creerá con derecho de concebir las sospechas más odiosas? Todos me acusarán sin duda... mientras que yo... ¡Ay, Carlos!... ¡Ten compasión de tu pobre Cristina! La palabra que va á empeñar de amarte eternamente, la cumplirá hasta la tumba... ¡Pero Dios mío!... ¿Qué es lo que oigo?... El ruido de un coche: ya para: es la señora: apenas respiro...

ESCENA IX

CRISTINA y BONAR

BONAR Señora Enriqueta... señora Enriqueta, por todas partes estoy buscando... La señora llega con el señorito... La berlina acaba de entrar en el patio.

VOCES (Dentro.) ¡Bonar, Bonar!

BONAR Allá voy, allá voy. ¿Lo veis, señorita? ¿No venís á recibir á la señora?

CRIST. Sí, Bonar; al instante voy.

VOCES (Dentro.) ¡Bonar, Bonar!

BONAR Voy, voy volando, os digo... ¿No debía avisar á la señorita? Abrid entre tanto las puertas. (A Cristina.) Voy á anunciaros á la señora.

ESCENA X

CRISTINA y á poco CARLOS

CRIST. Vamos... es preciso... Me faltan las fuerzas. . Mi vista se turba... No puedo tenerme en pie.

CAR. Querida Enriqueta... (Corriendo.)

CRIST. Señor Carlos. (Volviendo en sí.)

CAR. (Mirándola con sorpresa.) ¿Y qué, señorita, no salís á recibir á mi madre? ¿Nuestra vuelta, y el motivo de ella, causarían acaso vuestras lágrimas? Enriqueta, ¿habré leído mal en vuestro corazón? ¿No debía juzgarle por el mío?

CRIST. ¡Ay, señor Carlos, cuán cruel me parece esa pregunta!

CAR. Conozco que hubiera debido contar con vuestro consentimiento antes de solicitar el de mi madre. No bastaba, lo sé, que mi corazón os adorase para disponer del vuestro. ¡Pero, querida Enriqueta, la injusticia de la suerte para con vos me imponía tantos miramientos!... Conozco la delicadeza de vuestros sentimientos. Hubiérais desechado mi homenaje antes de cercioraros del beneplácito de mi madre. En fin, amiga mía, perdonad mi atrevimiento. Me parecía haber reparado en vuestras miradas una tierna inquietud, que daba una elocuencia encantadora á vuestro mismo silencio. No... no me engañé... todo me lo asegura. Ahora mismo, esta mano tan dulce, ¿permanecería así en la mía, si el corazón de Enriqueta no correspondiese al amor de Carlos?

CRIST. ¡Ay, cuán desgraciada soy!

CAR. (Admirado.) ¡Amiga mía! (Varios criados salen con Bonar; la Marquesa les sigue.)

ESCENA XI

CRISTINA, CARLOS, LA MARQUESA, BONAR y CRIADOS

CAR. Enriqueta, mi madre. (A Cristina, que se ha cubierto los ojos con un pañuelo y quiere echarse á los pies de la Marquesa.)

MARQ. ¿Qué hacéis, Enriqueta? En los brazos de una amiga, de una madre, es donde vuestro corazón debe conduciros. ¿Están cumplidas mis órdenes? (A Bonar.)

BONAR Sí, señora; á las doce estará aquí el notario.

MARQ. Es preciso avisar también á nuestro venerable pastor.

BONAR Hace poco que estaba aquí, señora; cuando salía de la quinta han venido á buscarle de parte del anciano Pedro, que de algunos días acá está muy malo, y aun se teme. .

MARQ. Me lo han dicho en Belvil. Hijo mío, id vos mismo á casa de ese pobre anciano, dadle algún socorro. (Bajo y dándole un bolsillo.) Suplicaréis al señor Abate se sirva acompañaros á la quinta.

BONAR (¡Qué corazón!)

CAR. Al instante voy, madre mía. Querida Enriqueta, ¿tendré que dejaros tan triste?

CRIST. ¡Ay, señor Carlos! No acuséis mi corazón .. Luego... sí, muy luego... dejaréis de ver estas lágrimas que no puedo contener. (Carlos y su madre miran admirados á Cristina. Vase Carlos con inquietud.)

ESCENA XII

LA MARQUESA, CRISTINA, BONAR y CRIADOS

MARQ. Bonar, disponed la sala principal.

BONAR Al instante, señora... Y por supuesto, ¿los cuartos también?

MARQ. Es inútil: volvemos esta noche á París y nos llevamos á la señorita.

BONAR ¡Ah! todo el mundo se va... (¿Pues no lo decía yo? Hay novedades...) A propósito, señora, ¿conocéis á un hombre un poco más alto que el señorito: los ojos grandes y negros, cejas muy pobladas, el cabello negro, moreno y pálido? Este hombre misterioso, está rondando desde esta mañana en las inmediaciones de la quinta, y me ha hecho, acerca de la señorita, varias preguntas muy raras.

CRIST. ¿De mí?

MARQ. ¿Acerca de Enriqueta? ¿Ese sujeto, no os ha dejado su nombre?

BONAR Cá... es tan reservado como estrambótico... y no es ponderación.

MARQ. No puedo adivinar... Y vos, Enriqueta. ¿sabéis quién puede ser?

CRIST. No, señora... no conozco á nadie. (Con naturalidad.)

BONAR Por mí, os he dicho cuanto sabía... Pero si vuelve, fuerza será que se dé á conocer... Voy á cumplir vuestras órdenes. (Vase.)

MARQ. Seguid á Bonar. (A los Criados.)

ESCENA XIII

LA MARQUESA y CRISTINA

MARQ. Enriqueta, ya veis á lo que me determina el cariño que tengo á mi hijo: no he podido resistir á su ruego. Cifra toda su felicidad en poseeros, y no quiero acusarme. Además, os hago la justicia que merecen vuestras prendas. Se puede suplir el nacimiento por la virtud, á la fortuna por la hermosura. Sé también que no habéis abusado de mi confianza para seducir á mi hijo. El amor que le inspirais no merece reconvención alguna: y si hacéis feliz á mi Carlos, ese mismo mundo, hoy más severo que yo, dejará de desaprobarle, y os concederá, por fin, su es-

timación. Pero antes de concluir un enlace que tanta influencia tiene en toda la vida, una madre puede concebir algunos temores legítimos. Enriqueta, ¿habéis sido sincera en la narración de vuestras desgracias? ¿No me habéis ocultado nada? ¿Sois huérfana ignorada? No es un borrón, si ésta es toda la verdad. ¿Pero á cuántos pesares expondríais á vuestro esposo, si ocutáseis otros secretos? Si algún día mi hijo tuviera que sonrojarse...

CRIST. ¡Ah, señora, no tengáis cuidado! El señor Carlos no corre riesgo semejante. Nunca la que colmásteis de favores, le expondría á tanta vergüenza.

MARQ. Basta, mi querida Enriqueta. No puedo dudar de vuestra sinceridad. Mi corazón, ya sosegado, no necesita de esfuerzo alguno para daros el nombre de hija. (Cristina le besa la mano respetuosamente; la Marquesa entra en la casa pensativa y triste; Cristina va á sentarse en el banco; Valter sale con cuidado por la verja y se acerca poco á poco.)

ESCENA XIV

VALTER y CRISTINA

VALTER Muy bien: gracias á algunos criados que acaban de llegar, estoy ahora mucho más enterado... El notario está en camino... A las doce los contratos... y esta noche vuelven todos á París para los desposorios. He llegado á tiempo.) (Viene á colocarse en frente de Cristina y la mira en silencio.)

CRIST. ¡Ay de mí!... (Sin ver á Valter y mirando al cielo.) ¡Qué he hecho yo para merecer tantas desgracias! Vámos... Dios... ¡Qué he visto, Valter!...

(Se levanta para entrar en la casa y ve á Valter.)

VALTER El mismo, señora Cristina.

CRIST. ¡Ah! No pronuncieis ese nombre.

VALTER ¿Y por qué? ¿No es el vuestro?

CRIST. ¡Dios mío, soy perdida! ¿Y qué, todavía me perseguís?

VALTER Nunca os perderé de vista.

CRIST. ¿Cuál es vuestro intento?

VALTER No lo ignorais, os lo he dicho ya; habeis de ser mi esposa.

CRIST. ¿Yo? ¡Justo Dios! ¿Después de haberme tan odiosamente engañado?... ¿Después de haberme hecho sentenciar injustamente?.. Antes bien, señor, si es verdad que una infeliz os inspira alguna compasión, no os pido más que una gracia. Alejaos, no permanezcais aquí... ¡Vuestra presencia me daría la muerte!...

VALTER Estoy pronto en retirarme: seguidme.

CRIST. Seguiros... (Espantada.)

VALTER Pérfida... ¿Pensais escaparos?

CRIST. ¡Por Dios!... Callad.

VALTER He venido para quitaros la máscara que os encubre; para revelar el indigno abuso que os atreveis á hacer de un asilo respetable.

CRIST. Os suplico...

VALTER Para entregaros á la afrenta, y á la infamia, y arrancaros de manos de mi rival, de ese Carlos, que preferís á mí.

CRIST. ¡Por Dios!... Por piedad, no me perdais... (Arrodillándose.)

VALTER Quiero haceros esta gracia. (Alzándola.) Pero oidme. . No temais nada... Aunque alguien me viera, nadie me conoce... Además, bajaré la voz... Sola me oireis... Pero me oireis... Lo exijo, ó de lo contrario, al momento entro á hablar á la Marquesa.

CRIST. No, no señor, os escucho.

VALTER No trataré de engañaros por más tiempo sobre los motivos de mi conducta. He querido constituirme en dueño, en árbitro de vuestra suerte, y lo he conseguido, pues puedo al instante salvaros ó perderos. No quiero ahora entrar en pormenores, que el sitio y la prudencia no permiten. Básteos saber, que poseo todas las pruebas de vuestra inocencia, de las intrigas que se pusieron en obra para haceros sentenciar; de las calum-

nias, de los crímenes de vuestros perseguidores, cuyos pasos favorecí yo mismo para confundirlos después cuando llegase el caso. En fin, que puedo devolveros vuestra fortuna, el honor: más todavía, un nombre distinguido, un ilustre nacimiento, que solos bastarían para aniquilar á vuestros enemigos, si no oponeis una resistencia á los proyectos que he fundado en vos.

CRIST. ¡Cielos! ¿Sería posible?...

VALTER Nadie nos escucha, estamos sin testigos. (En voz baja.) Juzgad cuán interesada estais en obedecerme. Consentid en ser mi esposa, y me obligo á probar auténticamente que sois hija legítima de la Condesa de Liñg.

CRIST. ¡Qué oigo! ¿Mi bienhechora es mi madre?

VALTER Un casamiento secreto la unió al Barón de Belmar. El odio con que su familia miró siempre á este caballero, la obligó á ocultar siempre su unión. Vuestro padre murió: la Condesa no se atrevió por eso á descubrir el secreto de su matrimonio; pero os adoptó y os dejó todos sus bienes. El documento, único que acredita vuestro nacimiento, me fué confiado. Ese documento está en mi poder, con todas las pruebas, y no le soltaré sino después de ser vuestro esposo.

CRIST. ¡Esposo mío! .. ¡ah!... Penetro, por fin, vuestro odioso plan. Mi fortuna es lo único que ambicionais. ¡Vos mi esposo!... ¡Nunca!...

VALTER ¡Nunca!... ¿Olvidais que vuestra suerte depende de mí? ¿Que con una palabra puedo entregaros á la justicia? ¿Que sin mí sereis siempre un ente ignorado ó despreciado? ¿Que conmigo recobrareis una existencia brillante? ¿Nunca, decís? ¡Nunca! Cristina, tened cuidado con lo que voy á deciros No obraré en contra vuestra si no me obligais á ello: con que pensad bien lo que vais á hacer... Os esperan para uniros al señor de Belvil. Le amais, lo sé, poco me importa; os prohibo contraer este enlace. Imaginad todo lo que gusteis, pero rehusadle. ¿Lo oís? Rehusadle pues: allí estoy observándolo

todo; y si dais un paso más, me presento, hablo y os delato.

CRIST. ¡Ah! Os juraré, si quereis, que nunca seré la esposa de Carlos. Pero provocar un escándalo terrible! ¡Ah! Señor, no exijais...

VALTER ¿Me habeis oído? Quiero ser obedecido. No temais nada; mañana estareis bajo mi protección: oigo ruído.

CRIST. ¡Dios mío!

VALTER Os buscan sin duda.

CRIST. Retiraos, señor, retiraos: os obedeceré.

VALTER No olvideis que no os pierdo de vista. (Va á irse por la verja, ve gente y vuelve precipitadamente. Cristina espantada corre hacia él, le indica la puertecilla de la huerta, donde va Valter. Al mismo tiempo sale de la casa la Marquesa con muchos criados, mientras Carlos y el Abate L'Epée salen por la verja.

ESCENA XV

La MARQUESA, CRISTINA, CARLOS, El ABATE y á poco BONAR

CAR. Madre mía, aquí está mi venerable amigo.

ABATE Me he apresurado, señora, á ceder á vuestros deseos.

MARQ. Ya conoceis sin duda el motivo que nos reune: vuestra presencia es doblemente necesaria. Como Pastor, presenciareis la ceremonia que debe preceder á su himeneo; como amigo, como protector de nuestra amable huérfana, es muy justo que la sirvais de padre.

ABATE Sí, señora, le serviré de padre; (Tomando la mano de Cristina.) no debe dudarlo.

CRIST. ¡Oh, padre mío! No me abandoneis. (En voz baja.)

ABATE (En voz baja.) Animo, querida Enriqueta, ¿por qué temblar así? El cariño de una madre, el amor de un esposo, os aseguran en adelante una felicidad inalterable.

CRIST. Inalterable. (Con dolor concentrado.)

BONAR (Saliendo.) El notario acaba de llegar. (Cristina hace un movimiento de terror y echa unas miradas

furtivas é inquietas sobre la puerta por donde se fué Valter.)

CAR. ¿Qué tenéis, Enriqueta? Vuestras miradas inquietas parecen buscar á alguien.

CRIST. No... no... señor Carlos, á nadie. (Con turbación.) (No está aquí.)

MARQ. La turbación de Enriqueta es inexplicable. (A su hijo.)

CAR. Madre mía, no puede ser más que una emoción muy natural en este momento.

ABATE Vamos, hija mía. (A Cristina.)

CRIST. ¿No advertís aquí algún extranjero? (Al Abate sin atreverse á mover los ojos.)

ABATE No.

CAR. Enriqueta, se nos está esperando. (Tomando la mano de Cristina.)

CRIST. Entremos pronto. (Al Abate.—Carlos presenta la mano de Cristina al Abate, y toma la mano de su madre; Bonar y los criados hacen un movimiento para dejar el paso libre de la puerta. Mientras se efectúa este movimiento, Valter atraviesa el jardín y se arrima hacia las gradas de la puerta Cristina está todavia mirando la puertecilla de la huerta, y no viendo á Valter, que ya pasó por el otro lado, se acerca la primera con el Abate hacia la entrada, Valter se coloca entonces enfrente de las gradas, y se encuentra frente á frente con ella.)

ESCENA XVI

DICHOS y VALTER

VALTER Un momento.

CRIST. ¡Ah! (Desmayándose en los brazos del Abate.)

CAR. ¡Enriqueta! (Corriendo á sostenerla.—Todos miran á Valter con la mayor sorpresa, él está esperando con aparente tranquilidad.)

MARQ ¡Qué extraño misterio! ¿Quién es ese hombre?

BONAR Pero no me engaño. El señor es el extranjero que me ha hecho esta mañana tantas preguntas sobre la señorita.

MARQ. ¿El señor?

VALTER Sí, señora; yo mismo soy.

MARQ. (Con vehemencia.) ¿Y quién sois, caballero? ¿Qué buscáis aquí? ¿Con qué derecho venís á trastornar una familia entera? ¿Cómo puede vuestra presencia causar tal espanto á esta joven?

VALTER Vais á saberlo, señora. Esperaba que estuviese en estado de oirme. Vengo á reclamar esta señorita.

MARQ. ¡Gran Dios!

CAR. ¿Enriqueta?

VALTER Enriqueta no... es...

CRIST. ¡Ah! Callad por Dios, callad. (Arrojándose á sus pies.) Me entrego en vuestras manos... Disponed de mi suerte, de mi vida... estoy pronta á seguiros.

MARQ. }
CAR. } ¡Seguirle!

BONAR (Es pariente: ya me lo pensé.)

VALTER En este caso, señorita, cumpliré mi palabra. Vamos. (Tomándola de la mano.)

CAR. No saldréis... ó mi justo furor...

MARQ. ¿Olvidáis, caballero, que la señorita está en mi casa?

VALTER Supuesto que se me obliga, voy á explicarme. (Cristina hace un movimiento.) Pero no, su desgracia merece mi indulgencia. Imploraré por ella vuestra compasión. El honor y mi deber no me obligan á más que á enteraros. Echa una ojeada en este papel. (Presenta un papel á la Marquesa.) Es una sentencia del tribunal de Bruselas; conoced la mujer á quien no podéis unir vuestro hijo ni dar vuestro apellido. Por recompensa del importante favor que hago á vuestra casa, no os pido sino que tengáis la generosidad de no exponer á esa desgraciada á la vergüenza y peligro de ser conocida. Contando, pues, con vuestro piadoso silencio, os enteraré, leed. (La da un papel.)

CRIST. ¡Desgraciada! ¡Ya no me queda esperanza! (La Marquesa lee el papel. Carlos se arrima y le lee también al mismo tiempo con la mayor turbación. Valter se sonríe mirando á Cristina. El Abate se arrima á

esta tratando de sostenerla y consolarla, pero sin dejar de examinar con mucha atención á Valter.)

CAR. ¡Gran Dios!

MARQ. Miserable, sois vos... (A Cristina.)

CAR. No, no... es imposible... es una impostura. (Con desesperación, coge el papel, y dice á Valter.) Temblad, temblad si mentís. Enriqueta, Enriqueta, solo á vos creeré... leed... ¿es verdad?

CRIST. Sí, señor Carlos. Verdad es... pero soy inocente. (Desviando el papel.)

CAR. ¿Madre mía, lo oís?

MARQ. ¡Hijo mío, qué extravío! ¡Y qué, esperáis de su boca una confesión tan cruel! ¿Podéis creer que se acuse ella misma de un crimen tan odioso? Sabed respetaros á vos mismo. Un tribunal sentenció: nada puede borrar esta mancha, y la señorita debe conocer, en fin, que la casa de la Marquesa de Belvil no puede por más tiempo servirle de asilo. ¡Ah, señor! Seáis quien fuéreis, os doy gracias de haber abierto mis ojos; de haber libertado á mi familia de la deshonra que le amenazaba. ¡En nombre del cielo, acabad vuestra obra! No quiero saber cuáles pueden ser vuestros derechos sobre la señorita. Cualquier lazo que la una á vos, os suplico que uséis de vuestra autoridad. Lleváos al momento á esa infeliz, que me ha engañado tan cruelmente, y que dejará tan crueles memorias en nuestros corazones. ¡Ah! os lo vuelvo á suplicar: por piedad, libradnos al instante de la presencia de esa miserable.

CAR. ¡Madre mía!... (Desesperado, y la Marquesa con una seña de autoridad le detiene.)

CRIST. ¡Dios justo! ¡Me echan, y es á él á quien me entregan! (Señalando á Valter.)

VALTER Vamos, señorita. (Llevándosela.)

ABATE Deteneos señor, deteneos. En nombre del Dios que sirvo, os prohibo acercaros á esta joven. La Providencia la confió á mi guarda para llevarla al término de sus desgracias. Testigo silencioso os he observado atentamente: en vuestra acción, en vuestras palabras os he reconocido; sois Valter.

VALTER ¿Quién os ha dicho mi nombre?

ABATE Vuestra misma víctima. (Parece admirado Valter.)

MARQ. ¡Cómo! ¿Sabéis?...

ABATE Todo, señora, y Enriqueta debía salir hoy mismo de vuestra casa. Venid, hija mía; el crimen os persigue. Los malvados os calumnian, los otros os abandonan. Pero los brazos de un padre os quedan abiertos, y tal vez no se atrevan á perseguiros hasta este último asilo. Vos, sin embargo, apartad de vuestro corazón todo resentimiento injusto No olvidéis nunca los favores que derramó una mano generosa. Un momento de error no debe borrar tantos días señalados por la gratitud. (Cristina vuelve los ojos con enternecimiento hacia la Marquesa.) Adiós, señora; algún día, me atrevo á asegurarlo, algún día os devolveré esta joven, más feliz y justificada. Hasta entonces, cumpliré mi promesa sirviéndola de padre, y defendiéndola de sus enemigos. (Mirando á Valter.—Cristina se arrima á la Marquesa, coge su mano y se la besa con respeto; mira á Carlos, y levantando los ojos al cielo, al mismo tiempo que tiene su mano sobre el corazón, se vuelve el Abate y la coge con cariño, y enseñándola el camino y convidándola á seguirle. Carlos hace un movimiento para correr tras de Cristina: su madre lo detiene. Valter parece inquieto y caviloso.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una especie de gran cobertizo. A la derecha del actor está la entrada principal de la granja, donde vive el arrendador. A la izquierda un pabelloncito de forma cuadrada. En el pabellón que ha hecho construir la Marquesa, una escalera exterior que conduce á dicho pabellón, cuya puerta se abre en una pequeña galería. Una gran ventana abierta á la misma altura de la puerta, y pabellón. Se suponen otros dos cuartos que pertenecen también al pabellón y se comunican con el cuartito de entrada: el uno en el fondo, enfrente de la ventana, y el otro por el lado, enfrente de la puerta principal. Las puertas de estos dos cuartos deben verse. El fondo del cobertizo deja ver un patio, cerrado por una cerca de zarza; más allá del patio, en perspectiva, campo. Es de noche mientras dura el acto

ESCENA PRIMERA

Un farol encendido está colgado en medio del cobertizo. JUAN EL RUBIO, AGUEDA, ALDEANOS y ALDEANAS Al levantar el telón, baile. Es la fiesta de que ha hablado Juan en el primer acto. Algunos aldeanos están bebiendo y fumando con Juan alrededor de una mesa.

Sale Agueda por la puerta de la granja, é interrumpe el baile

AGUEDA Basta, hijos, basta, os digo. Las nueve están dando; se va nublando mucho el cielo; ya caen gotas, amenaza tempestad y el viento podría muy bien traerla por acá; conque volved cada uno á su casa, cerrad las puertas, é ir á acostarse.

JUAN ¡A acostarse!... ¡A acostarse! Siempre tienes prisa tú, cuando se trata de eso... Vamos, muchachos, á beber un trago. . Eso os dará piernas para acompañar á las muchachas á sus casas. (Beben.) Ahora, para consolaros de despediros tan temprano, voy á daros una buena noticia.

AGUEDA Vamos, algún cuento.

JUAN No se trata de cuentos, señora; se trata de una boda, y famosa, en la que se bailará.

ALD. ¡De una boda! (Acercándose.)

AGUEDA ¿Y dónde es la boda famosa?

JUAN En la quinta.

AGUEDA Calla, tonto; ¿y de quién?

JUAN (Remedándola.) Calla, tonto, ¿y de quién? De la señorita Enriqueta con el señorito.

AGUEDA No puede ser.

JUAN ¡Chito! Es todavía un secreto... Conque no le digáis á nadie...

AGUEDA A fe que el tal secreto está muy bien guardado...

JUAN Esta mañana, cuando estuve en la quinta... (Con aire de importancia.)

AGUEDA Sí, por las ciruelas que nos has traído.

JUAN ¡Válgame Dios! ¡Qué habladoras son todas las mujeres! No me interrumpáis, señora esposa, porque esto me hace perder el hilo.

AGUEDA Vamos... coge tu hilo... y veamos... Cuando estuviste en la quinta... has soñado...

JUAN No, señora... no he soñado... ¿Se ha visto semejante?... El señor Bonar, el viejo mayordomo, me ha insinuado dos palabras sobre el misterio; dicho en propios términos .. Pero cuidado con publicarlo, porque me lo ha dicho en secreto, y no quisiera... Me ha dicho, pues: «Amigo Juanito, hay novedades, ¿estáis? Hay novedades.» ¿Entendéis lo que quiere decir eso? (A los aldeanos) ¡Hay novedades! Con que he dicho... Ya estáis enterados. Venga otro trago.

AGUEDA Sí, bebed... Si no bailáis más que en esa boda, no os romperéis las piernas.

JUAN Pero mujer, qué impide...

AGUEDA Calla, por Dios; ¿te quieres chancear con tus

noticias? Figúrate tú cómo es posible que una muchacha que se encuentra en el país, como si hubiese caído del cielo, y á quien hemos visto venir á pie, sin recomendación alguna; tal vez sin un cuarto, y que no parece tener padre ni madre, pariente, ni habiente, ni... Vaya, vaya... Conozco á nuestra señora, y te aseguro que tiene demasiado orgullo para dar así á su hijo único á una muchacha que se llama Enriqueta á secas. . ¡Vaya!

JUAN — Calla, mujer... Ahí ves cómo no paras en decir disparates... No es la señora Enriqueta quien pide al señor Carlos en matrimonio: es el señor Carlos quien quiere casarse con la señorita Enriqueta... Con que ya ves qué diferencia va. Y la señorita Enriqueta, á secas, tan á secas como tú dices, no deja de ser una maravillla en su clase.

AGUEDA — ¡Una maravilla!... Miren, porque es joven y bonita.

JUAN — Pues.

AGUEDA — Y bien, peor; sí, señor, peor; esos matrimonios por amor siempre acaban mal, y no me sorprendería el que. . ¡Ah! (Relámpagos.)

JUAN — ¿Y qué?... No es nada. . es un relámpago, calor.

AGUEDA — Escucha (Ruido de tempestad lejos.)

JUAN — Cá .. es muy lejos... Espera. Voy á ver. (Vuelve la espalda; al mismo tiempo aparece Cristina, vestida con sencillez, en el fondo del patio. Parece cansada y muy abatida; se acerca con temor. Un zagal la acompaña, llevando un lío, que le entrega, y se va.)

ESCENA II

LOS MISMOS, CRISTINA

JUAN — ¡Ay! ¿Qué es esto? (Parándose de repente y todos la miran con sorpresa.)

AGUEDA — ¡Una mujer!... ¿De dónde puede venir?

JUAN — ¡Jesús! ¡Sería posible!... Sí, ella es.

AGUEDA — (Corre al encuentro de Cristina, la cual no se atreve á

entrar y la introduce en el patio) ¿Y qué... Ella es... Ella es... ¡conoce á todo el mundo este hombre!... ¡Ah! ¡La señorita Enriqueta!

JUAN ¡Dios mío!... ¡En qué estado!... ¿A qué venís á vernos en semejante estado?...

CRIST. Vengo á pediros hospitalidad. Está lloviendo: una tempestad se anuncia, y estoy muy cansada. Os suplico me admitáis, sólo por esta noche...

AGUEDA ¿Pero de dónde venís? ¿Adónde váis, así, solita, de noche?..

CRIST. Vengo de la quinta. Voy á Renebal, á casa de la hermana del Abate L'Epée, á la que se sirve recomendarme por esta carta. (Enseña la carta.) Debía él mismo acompañarme; pero el anciano Pedro está muriendo, y los deberes de su ministerio obligan al pastor á quedar al lado del enfermo. Me ha dado para conducirme uno de los zagales del pobre Pedro. ¡Pero me siento tan cansada... he padecido tanto! ..

JUAN ¿Pero... estoy soñando... ó tengo visiones?... Yo, que no hace un minuto estaba hablando de vuestra boda, ahí mismo..

AGUEDA ¿Os habrán echado acaso de la quinta?

CRIST. Sí, señora.

AGUEDA ¡Ah!... Lo hubiera apostado. Eso no podía acabar de otro modo... Estais fresca ahora.

JUAN Ya se ve, es duro... á su edad... tan mona; pero no se quedará mucho tiempo desacomodada.

AGUEDA Pobre muchacha... Oye, esposo... (Saca aparte á su marido.) ¿Sería prudente recibirla en casa?... Es que no veo muy claro todo esto... y si la señora la ha echado, nosotros, que somos sus dependientes, nos comprometemos en. .

JUAN Déjame de dependientes... Y este corazón que late aquí, ¿depende algo más que de la religión y de la humanidad? ¿Quién podía rehusar un asilo á una muchacha tan joven y con el tiempo que está haciendo? Vamos, no quiero hablar de eso, porque se me traspasa el corazón con sólo pensarlo.

AGUEDA Ya estás tú con tu corazón que se traspasa por cualquier friolera. . Pues yo no me...

JUAN Vamos, Aguedilla, vamos; un poco de humanidad. ¡Qué demonio!... ¿Por qué quieres parecer más mala de lo que eres? Además, ¿te acuerdas de lo que nos dice todos los domingos el cura?... Abrid al que llama, dad al que pide...

AGUEDA Abrid... dad... todo eso está pronto dicho; pero yo no me... y qué... (Volviendo al ver á Cristina, que se va enjugando las lágrimas.) ¿A dónde vais?

CRIST. No lo sé: me ha parecido que no os atrevíais á recibirme y me retiraba.

AGUEDA ¡No, señorita, qué disparate!... ¿Cómo fuera yo capaz? Es el tono de mi marido que...

JUAN ¡Canario! ¿Ahora salimos con eso?

AGUEDA Oidme, señorita. Nuestra señora la Marquesa es tan buena ama, que es preciso hayais hecho algo malo para que os despida de ese modo. Pero supuesto que vais á casa de la hermana de nuestro buen Abate L'Epèe, podemos recibiros al paso. Conque se concluyó.. no lloréis, dormiréis aquí y voy á daros de cenar.

CRIST. Gracias... no necesito nada; nada más que descansar un poco. (Quiere arrimarse á una silla y le falta poco para caerse y Águeda le sostiene.)

AGUEDA ¡Válgame Dios, qué debilidad!... ¡Pobrecita!... Rosa... Rosa... un vaso de agua. Pronto. Vamos, Juan, despide toda la gente... ¿Qué estás haciendo ahí como un palo?... ¿No ves que esta pobre muchacha necesita descansar?... Vamos, hijo, vamos pronto... pronto... que es tarde.

JUAN Voy... voy... y cerraré las puertas.

AGUEDA Corre. (Juan da faroles á los aldeanos; los despide y los conduce hasta fuera. Cuando acaban de salir se introduce Valter en el patio. Mientras se encienden y reparten los faroles, Agueda cuida de Cristina, le pone agua en las sienes. Cuando empiezan á retirarse los aldeanos, vuelve en sí Cristina, y Águeda le da á beber un vaso de agua.) Bebed un poco de agua: eso os aliviará.

CRIST. No os asustéis... no es nada... El calor, el cansancio del camino...

AGUEDA Vamos, lo que necesitais es descansar. Con que se os va á disponer la cama, para que podais acostaros al momento.

CRIST. ¡Ah! ¡cuán agradecida estoy á vuestras bondades!

AGUBDA ¡Dejad por Dios! Todo lo merecéis. (Juan vuelve después de cerrar la puerta.)

ESCENA III

CRISTINA, ÁGUEDA, JUAN y ROSA

JUAN Vamos, ya están todos despachados. Ahora tratemos de la señorita. Está muy cansada, necesita de una buena cama.

AGUEDA Todo lo tendrá sin incomodar á nadie. El cuarto de la señora Marquesa, en el pabellón, está siempre corriente para cuando se la ofrezca venir. Hay sábanas limpias en la cama, y á fe que estará hecha una princesa. ¡Pobrecita! Rosa.. Vé á disponerlo todo. (Rosa sube al cuarto, abre las ventanas, arréglalo todo y vuelve.)

JUAN (A Cristina.) ¡Conque, negocio concluído! Mañana por la mañana, á la hora que os acomode, pongo el caballo á la tartana y os llevo yo mismo á Renebal.

CRIST. Gracias, amigos míos. Creed que no soy indigna del interés que me manifestais.

JUAN Vamos, mujer, conduce á la señorita, y no le digas nada, por Dios. (En voz baja.)

AGUEDA Bueno, bueno: ¿si no sabré yo lo que he de hacer?

JUAN Lo que te digo yo es por tu solo interés. ¿Qué quieres? Tienes algunas veces el tono tan regañón, que podría uno creerte muy mala, cuando en el fondo... Ah, ah, ah.. (Se ríe.)

AGUEDA ¿Acabarás pronto?... ¿Cómo puedes reirte cuando ves?... ¡Estos hombres tienen un corazón! ¡Vamos, señorita, subid!

CRIST. Con vuestro permiso, quisiera aprovechar los cortos instantes que me permitís en vuestra casa, para escribir á la señora Marquesa. No he tenido valor para hablarla cuando salí.

JUAN Voy á buscaros todos los adminículos. (Vase.)

AGUEDA Escribiréis vuestra carta en el cuartito de la entrada. Hay una mesita inmediata á la ventana: el cuarto de la señora está después; no tendréis más que empujar la puerta: no se cierra. No os equivoquéis. El otro cuartito de enfrente es el del señorito cnando viene con su mamá. No hay otros: conque no tengais miedo. Una vez cerrada la puerta de la escalera, podéis dormir en paz.

JUAN (Sale.) Tinta para escribir, papel de correo y una pluma del pavo del e-cribano, que os aseguro que no es blanda.

AGUEDA Una luz

JUAN Ahí la tienes, y el lío también... (A fe mía que no pesa mucho el tal lío.) ¿Es esto todo vuestro equipaje?

AGUEDA ¿Qué te importa, curioso? (Cogiéndole el lío.)

CRIST. Amigos mios, mientras viva, me acordaré de vosotros con agradecimiento.

JUAN Buena noche, señorita Enriqueta... Hasta mañana si Dios quiere... Que dormais bien. (Agueda, llevando la luz, el lío y el papel, sube la primera. Cristina la sigue. Aquélla enseña á ésta la salita de entrada; pone en la mesita la luz y lo que lleva. Después entran ambas en el cuartito de enfrente de la ventana. Mientras se ejecutan estos movimientos, se ve á Valter observar el interior del patio, reparar el cuarto donde han llevado á Cristina y después retirarse.) ¡Jesús mil veces!.... ¡La señora Enriqueta echada de la quinta!... ¿Quién lo hubiera dicho? ¿Cómo podría yo pensarme que...? Es preciso confesar que, para una muchacha es á veces desgracia tener una hermosura demasiado... ¿Cómo diré yo?... Demasiado sobresaliente... Es que una muchacha no es un género como cualquiera. Es género de comercio difícil... Aquí no se gusta de él... Allá lo quieren demasiado... En

fin, es género que siempre deja merma... El caso es que en mi tiempo era lo mismo. Es decir, lo mismo era para los muchachos; verbi gracia, yo... Me acuerdo muy bien, que no podía dar un paso en mi pueblo sin que las muchachas saliesen á sus puertas... Es que era preciso oirlas cuchicheando... Es el rubio... el de los colores tan frescos... qué mono... que... Y luego cantaban, me agasajaban, reían como loquitas. Yo creía desde luego, que no había más que llegar y pegar. Iba... zas... y me daban con la puerta en los hocicos. Sin embargo, seamos francos, algunas veces no me salió tan mal... Y si no, dígalo Agueda, mi mujer... Es que era bonita entonces... no chillaba tanto... era docil... era... Ahora es diferente... se va haciendo vieja y es preciso apagar mi farol. (Baja el farol y le apaga. Vuelve Águeda. Ha dejado el velón en la mesa y Cristina se ha puesto á escribir.)

AGUED — Ya se concluyó... Está escribiendo. Se acostará cuando quiera. ¿Ves cómo acertaba cuando te decía, que esto acabaría mal? Vamos á acostarnos.

JUAN — ¡Pobrecita!... (Mirando al pabellón.)

AGUED — No se trata de ella ahora. ¿Vamos, vienes? Estoy esperando.

JUAN — Voy, mujer... voy... qué priesa... (No hay que replicar; es preciso hacer siempre cuanto quiera.) (Entran en la granja; se oyen los cerrojos. Como se han llevado la última luz, el teatro se quedará enteramente á oscuras. Sale Valter.)

ESCENA IV

VALTER, CRISTINA

VALT. — No me he equivocado... Cristina ha llegado sola á esta granja. Nadie la acompaña más que un zagal, que se ha vuelto. ¿Por qué la habrá abandonado el Abate, que la había tomado bajo su protección? Si yo lo hubiese

pensado, ella no hubiera llegado hasta aquí... ¿Pero á dónde intentará ir? La marquesa y su hijo habrán vuelto á París. Se guardará muy bien de dirigirse á esa ciudad. Es mucho menos probable que piense en volver á Bruselas. Pero, ¿para qué cavilar sobre sus proyectos? De ella es de quien debo asegurarme. Mi fortuna entera depende de su posición: si no pudiera conseguirla, mi propia seguridad exigiría su muerte. En este pabellón es en donde la han alojado; examinemos pues. (Busca alrededor del pabellón, y se encuentra en frente de la ventana.)

CRIST. ¿Y me querrá creer la señora Marquesa? (Dejando un momento la pluma.) Carlos mismo, ¿podrá persuadirse que no quise nunca engañarle? Diré la verdad... (Vuelve á tomar la pluma y sigue escribiendo.) Es cuanto puedo hacer.

VALT. Ya la veo; ha conservado luz. Me parece que está escribieddo. Está sola; hacia este lado (Observando y escuchando.) todo está en calma. Bastaría atraerla aquí... Una idea me ocurre... Tiene una confianza ciega en su protector. No la ha acompañado, pero debe vivir en este pueblo... Me será fácil engañarla... A ver... (Sube vivamente algunos escalones, y se para de repente, reparando el ruido que hacen sus pasos; escucha.) No oigo nada, subamos más despacio... (Sigue subiendo.)

CRIST. Me parece que alguien sube. (Levantándose á medias y escuchando.)

VALT. Esta es la puerta. (Da dos golpecitos.)

CRIST. ¡Cielos! ¿Quién puede llamar? (Temblando.)

VALT. Enriqueta... (Mudando la voz.)

CRIST. ¿Quién me llama?

VALT. El Abate L'Epée.

CRIST. ¡Mi protector!... ¡Os doy gracias, Dios mío! Al instante voy. (Toma la luz.)

VALT. Ya viene: preparémonos. (Bajando con prisa. Cristina abre: baja la luz, y recorre buscando.)

CRIST. ¿Dónde estais?

VALT. ¡Silencio!... (Cogiéndola del brazo.)

CRIST. ¡Ah!... ¿Sois vos?.. (Deja caer la luz y se apaga.) ¡Dios poderoso! ¿Qué quereis todavía de mí?

¿No me habeis hecho bastante desgraciada? ¿Me perseguireis hasta la tumba?

VALT. Sí: os perseguiré sin cesar. En todas partes me vereis siempre, como una sombra, siguiendo vuestros pasos. No tendreis un solo día de descanso; y al momento que un rayo de esperanza venga á alentaros, oireis repetir el nombre de Cristina.

CRIST. ¡Ah! (Horrorizada.)

VALT. Acusad de injusticia al cielo, al destino.. Podeis hacerlo; pero un lazo terrible nos une: es el del crimen. Confieso, si quereis, que yo solo lo he formado... Pero no es menos indisoluble. Nuestra existencia está confundida, y debo poner fin á vuestras desgracias ó colmarlas... Cristina, por piedad de vos misma, examinad vuestra situación, no os hagais ilusiones: dejad de alucinaros... Ya conoceis á Valter... Por todo lo que hizo, juzgad lo que puede emprender, y temblad. ¡Sí... himeneo... himeneo ó venganza implacable!

CRIST. ¡Ah! Soy una víctima abandonada á la desgracia. Pero si hay que elegir entre el infortunio que me persigue, y el horror de llevar el nombre de esposa vuestra, no lo dudeis, cruel: la miseria, el oprobio, el cadalso me parecerán menos horribles que pertenecer á un monstruo como vos.

VALT. ¡Imprudente!...

CRIST. Ya no me queda nada que temer. Entregadme, pues, á mis verdugos: sepultad la inocencia en los tormentos reservados al crímen; pero nunca, no, nunca recogereis el fruto de vuestros odiosos delitos. Enterándome de quien me dió el sér, me habeis inspirado el orgullo de la noble sangre que hierve en mis venas. ¡Bárbaro! ¿Habeis vendido mis lágrimas á mis enemigos, y quereis aún que la víctima se entregue por sí misma á su verdugo? Nunca... nunca... ¡Más bien la muerte!

VALT. ¿Queréis, pues, quitarme toda esperanza?

CRIST. Ya sé que habeis contado con mi debilidad,

con mis tormentos; ¿habeis calculado á sangre fría todas las angustias que me devoran? Te engañaste, cobarde; el mismo exceso del infortunio en que me has sumergido, me ha inspirado el valor y la fuerza de la desesperación. Tu crueldad sostendrá mi energía. ¡Tiembla tú mismo ahora... tiembla infeliz!... Asolada por la desgracia, me levanté por fin para pedir venganza... Y los clamores de la víctima van á retumbar ante los tribunales.

VALT. Emprenderíais...

CRIST. Todo... Ya un hombre respetable recibió mis revelaciones. El sagrado carácter que le adorna, confundirá al calumniador. Sí, mi noble protector, guiado por la divina justicia, mañana os acusará.

VALTER ¿Mañana decís? ¡Mañana!... Mañana habréis dejado de existir.

CRIST. ¡Dios! (Espantada.)

VALTER No llames. (Siguiéndola.)

CRIST. ¡Oh! No os acerquéis. (Horrorizada.)

VALTER No llames, te digo, ó bien este hierro ahogará tus voces. (Atrayéndola.)

CRIST. Deteneos

VALTER Por última vez, te mando que me sigas. (Atrayéndola.)

CRIST. No... no... nunca... ¡Oh, Dios, amparadme! (Se oye ruido en la granja.)

VALTER Tus voces me pierden: pues muere. (Levantando el puñal.)

CRIST. ¡Ah! (Cayéndose.)

VOCES (Dentro.) Allá vamos, allá vamos.

VALTER Gente viene: júrame guardar silencio.

CRIST. Sí. . sí ..

VALTER (Huyamos... Volveré pronto. Conoceré el cuarto.) (Ocultando el puñal. Vase precipitadamente por el fondo del patio; Cristina se esfuerza para levantarse; Juan y Agueda llegan con luces.)

ESCENA V

CRISTINA, JUAN y AGUEDA

JUAN ¿Qué es esto?... ¡Dios mío!... ¿Qué es esto? ¡Ah!... (Corriendo, encuentra á Cristina y se sorprende.)

AGUEDA La señorita Enriqueta... (La ayuda á levantar.)

JUAN ¡Toma... es verdad... ella es!

AGUEDA ¿Qué estais haciendo aquí, señorita? ¿Qué tenéis? ¿Por qué habéis salido de vuestro cuarto?

JUAN ¿Habéis acaso sentido algo? ¿Serán ladrones? (Temblando.)

AGUEDA ¡Dios mío!... ¡Cómo está temblando!... ¡Tiene las manos como nieve!

JUAN Esperad, voy por la escopeta.

AGUEDA Deja, tonto... Llama más bien á Rosa... Vamos, vamos á socorrer á esta pobrecita.

CRIST. No... no... no llameis á nadie, no os asusteis, no es nada; me siento mucho mejor.

AGUEDA ¿Pero qué habéis tenido?

JUAN ¿Por qué no os habéis acostado?

CRIST. No sé... es... iba á retirarme, cuando creí sentir ruido... bajé con la luz... el viento me la apagó...

JUAN Y es cierto, aquí está en el suelo... (Viendo y recogiendo el belón.)

CRIST. Viéndome en la obscuridad, el miedo me ha sorprendido. (Llaman á campanillazos en la puerta exterior.)

JUAN ¡Jesús!... ¿Has visto, mujer, qué miedo tenemos hoy todos?...

AGUEDA ¿Quién puede llamar tan tarde, y por la puerta principal? Vé á verlo, Juan.

JUAN ¿Será tal vez el mismo viento que apagó la luz de la señorita el que se entretiene ahora en llamar? (Temblando.)

AGUEDA Te digo que es gente... Vamos aprisa, que llueve... Rosa... Rosa... que llaman á la puerta principal.

ROSA (Dentro.) Voy, señora, voy.

JUAN Espera, Rosa, espera; voy contigo. (Vase.)

AGUEDA ¡Si será nuestro buen Abate que vendrá por vos!

CRIST. ¿El Abate? ¡Ay, si fuera verdad, el cielo me lo enviaría!...

AGUEDA Como me habéis dicho que debía acompañaros, puede muy bien, si el enfermo no le necesita ya, que...

CRIST. Silencio... (Escuchando.)

JUAN Mujer. . mujer... (Corriendo azorado.)

AGUEDA ¿Qué hay?

JUAN ¿No sabes lo que hay?

AGUEDA Por supuesto que no lo sé.

JUAN La señora Marquesa que llega.

CRIST. ¡La Marquesa!

JUAN ¡En persona, con el señor Carlos! (Con emoción.)

AGUEDA ¿Tan tarde?

JUAN Iban á dormir á París, acompañados del señor Bonar y de todos los criados de la casa; pero el viento.. la lluvia y el miedo de la tempestad les ha hecho volver atrás, y vienen aquí á pasar la noche.

AGUEDA ¡Válgame Dios! ¿Y la señorita que está aquí?

CRIST. ¿Qué será de mí? ¡Ah! ocultadme, os lo suplico: no me atrevería nunca á presentarme delante de la Marquesa de Belvil.

AGUEDA Un momento... no nos azoremos. Corre á recibir á la señora; hazla muchas cortesías, muchísimos obsequios... Trata de introducirla lo más despacio que puedas, y sobre todo, cuidado con hacerla pasar por la granja... Tráela por el patio hasta aquí.

JUAN Cá... por el patio... ¡y la lluvia que cae á cántaros! Vale más...

AGUEDA Haz lo que te digo... Date prisa y vé con cuidado.

JUAN Pero, mujer, no puedo ir á prisa á con cuidado.

AGUEDA Calla, y corre. (Vase Juan por la granja.)

ESCENA VI

CRISTINA y AGUEDA

AGUEDA — Vamos nosotras ahora: ¿no queréis que os vea la señora? Tampoco lo quisiera yo, porque temo reconvenciones por haber... ¿Está deshecha la cama?

CRIST. — No la he tocado.

AGUEDA — ¡Bendito sea Dios! Entrad pronto por ahí dentro: os ocultaré en el cuarto de Rosa, y mañana á la madrugada, saldreis sin que os vean.

CRIST. — ¡Ah! os deberé la vida.

AGUEDA — Id pronto, pronto, que vienen...

CRIST. — ¿Y los efectos que he dejado en el cuarto?

AGUEDA — ¡Jesús! Tenéis razón; voy corriendo. (Toma la luz y vase.)

CRIST. — ¡Ay! ¿Cómo resistir á tantos golpes seguidos? Valter amenaza mi vida. ¡Carlos... Carlos está aquí!... ¡Ah! si deben amentarse mis desgracias, dadme más fuerzas para soportarlas.

JUAN — (Dentro.) ¡Por acá, cuidado, por acá!

AGUEDA — (Volviendo.) Ahí está todo... pronto... pronto: encerraos en el cuarto último de la derecha y esperadme allí. (Hace entrar á Cristina y cierra. La Marquesa sale por el patio; unos criados tienen levantada una capa en alto, para resguardarla de la lluvia; Juan va delante con un farol.)

ESCENA VII

La MARQUESA, CARLOS, JUAN, ÁGUEDA, BONAR, ROSA, CRIADOS

JUAN — No paseis por debajo de las canales... ¡Por la Virgen Santísima!... No paseis por debajo de las canales... Vais á... por acá ahora... por acá... á mí... esto es... Ya estais, señora. ¿Está bien así? (Corriendo á Agueda.)

AGUEDA Muy bien.

JUAN ¿A dónde has puesto á la muchacha?... (Bajo.)

AGUEDA Servidora vuestra, señora; Rosa... vamos, Rosa... sillas para los señores.

MARQ. Gracias, hija, no es necesario. (A Rosa.) No permanecemos aquí.

AGUEDA Quita... La señora no las quiere... ¿Los señores tomarán algo antes de acostarse?

MARQ. No, Agueda, vamos á retirarnos. ¿Los cuartos están corrientes?

AGUEDA Sí, señora, por supuesto. (¡Qué fortuna que no se haya acostado la otra!)

MARQ. Traed á los cuartos todo lo que está en la berlina.

BONAR Voy, señora. (Vase con los criados.)

JUAN (¿Pero, qué habrá hecho de ella?) (Habrá estado buscando desde el principio de la escena.)

AGUEDA (¿Me haces el favor de no buscar así?)

MARQ. ¿Y habrá comodidad para alojar á todos los criados?

AGUEDA No hay duda, señora. Mi marido los conducirá, luego que la berlina esté en la cochera y los caballos en la cuadra. (Dos criados llevan y suben al cuarto del pabellón maletas y demás.)

JUAN (¿Ves el señorito? ¡Qué triste!... ¡Pobrecito! Si supiera que está aquí...) (Bajo á su mujer.)

AGUEDA (Calla: ¡Jesús qué lengua!... A fe que es peor que una mujer... Vé á disponer los cuartos de arriba para los criados, mientras voy á arreglarlo todo en el pabellón.) Señora... (A la Marquesa, que está mirando á su hijo con inquietud.) Voy á ver si los cuartos están corrientes y vuelvo al momento á avisaros.

MARQ. Id, Agueda. (Vanse los criados.)

JUAN Es mucha mujer mi Agueda. (Agueda toma una luz y sube, haciendo una señal á su marido para que se vaya.)

ESCENA VIII

LA MARQUESA y CARLOS

MARQ. Y bien, Carlos...

CAR Perdonadme, madre mía; no había reparado que os habían dejado sola.

MARQ. ¿Sola? ¿Puedo estarlo con mi hijo? Y qué, amigo mío, ¿siempre el mismo dolor? ¿No conseguiré devolveros la razón y el espíritu? Sé cuánto puede el amor en un alma tierna y generosa, cuando su objeto lo merece, cuando se presenta adornado de todas las prendas que suponíamos en Cristina.

CAR. ¡Ah, madre mía!

MARQ. Pero cuando cayó la venda que nos cegaba, cuando una mujer tan culpable...

CAR. ¡Deteneos, por Dios, madre mía!... ¿Y si Cristina fuese inocente?

MARQ. ¡Qué delirio!

CAR En fin, el Abate L'Epée la defiende. ¿Conocéis las virtudes de ese venerable anciano?

MARQ. Su buen corazón puede engañarse. ¿Olvidáis que una sentencia?...

CAR. ¡Ah, señora!... No sería la primera vez que un inocente hubiera sido sentenciado.

MARQ. Y qué, ¿os atrevéis á defenderla?... ¿No os avergonzáis de confesar vuestro amor?...

CAR. No, madre mía; recordad todas las virtudes de esa interesante huérfana; su amenidad, ese candor angélico, que tan mal puede conciliarse con el crimen que se le imputa. Un corazón perverso fácilmente se deja conocer. Una palabra, una mirada, un sólo instante de descuido, basta para dejar caer la máscara que le disfraza. ¡Pero Enriqueta!... ¿Ha dejado ni un momento de ser el modelo de inocencia y de modestia? Todo en ella no presentaba el semblante de la más pura virtud, del corazón más amante? La echáis... llora... y cubre de besos la misma mano que la rechaza... En su desgracia, ¿á dónde bus-

ca un asilo?... En los brazos del más virtuoso de los hombres... ¡Ah, madre mía! No es así como se manifiesta el malvado. El malvado, vedle en Valter: sí, ese hombre debe ser un monstruo, lo juraría por mi vida, y pronto, tal vez, podré probároslo.

MARQ. ¿Y qué, tendríais la ingratitud de acusar, de perseguir á un hombre que acaba de salvaros el honor?

CAR ¡El honor! ¿Por qué, pues, si tan noble motivo le guiaba, sustraerse á nuestro agradecimiento? No, señora, no; ese Valter tiene en todo su semblante los caracteres del crimen. su mirar es horrible: su misma sonrisa espanta; y tal es la impresión que su aspecto ha dejado en mi alma, que no puedo yo mismo definir si es odio, terror ó venganza lo que ese monstruo me inspira.

MARQ. Hijo mío, ya tuve demasiada indulgencia para vuestro delirio... ¿Amáis todavía á Cristina? Vuestra madre se avergüenza por vos... Pero mientras respire, no tolerará que mancilléis el apellido de vuestros padres... Nunca la huérfana de Bruselas volverá á mi casa. (Con severidad.)

CAR. ¿Pero si se declarase su inocencia? (Agueda aparece en lo alto de la escalera, Juan á la puerta de la granja y los criados en el fondo. Todos se paran al oir las últimas palabras de la Marquesa.)

MARQ. ¡Imprudente!... Dejad de alucinaros... Bajaré á la tumba antes que consentir otra vez en tan odiosa alianza

CAR. ¡Ah, madre mía!...

MARQ. Callad... Respetaos á vos mismo delante de los criados.

ESCENA IX

DICHOS: JUAN, AGUEDA, BONAR y CRIADOS

JUAN (¡Caramba! Esto va de veras.)

AGUEDA Todo está corriente en el cuarto de la señora.

JUAN (A los criados.) Vuestras camas están corrientes, podéis venir, os he reservado, por supuesto, la mejor. (A Bonar.)

BONAR (Con pistolas.) Gracias, amigo Juanito. ¿Queréis que suba vuestras armas? (A Carlos.)

CAR. No es necesario, volvedlas á la berlina.

BONAR En este caso... sin embargo. (La Marquesa le hace una señal.) acostumbráis... Obedezco, señora... Me esperaréis... tengo todavía que arreglar algunas cosas en la berlina. (A Juan.)

MARQ. Agueda, alumbradnos.

JUAN Hijos míos, por aquí, conmigo. (A los criados; Bonar se va por el patio: los otros criados siguen á Juan. Por el otro lado, la Marquesa y Carlos suben con Agueda, que los alumbra. Llegados al primer cuarto, Agueda da una luz á Carlos y pasa con otra al cuarto de la Marquesa. Al tiempo de separarse, Carlos besa respetuosamente la mano de su madre. La Marquesa entra á su cuarto, y Carlos se queda sólo con una luz en la primera pieza, delante de la ventana y de la mesita donde escribía Cristina.)

ESCENA X

CARLOS, al momento de retirarse, echa maquinalmente los ojos en la mesa que está delante de él, deja su luz y toma un papel

CAR. ¡Qué veo!... ¡Dios mío!... ¡No es una ilusión!... La letra de Enriqueta... Leamos... Sí... sí... se despide de mi madre.. La carta está concluída... Esta pluma... este tintero... una silla colocada delante de la mesa... todo parece indicar que... aquí mismo... ¡Cielos!.. ¿Habrá venido? ¿Estará todavía aquí? Aclaremos este misterio. ¡Ah... si pudiera verla... hablarla!... Mi corazón no deja de decirme sin cesar, que no es culpable... Oigo á Agueda que vuelve... Dejémosla bajar para que mi madre no sospeche. (Entra en la pieza del fondo; Agueda sale con luz, se para todavía á la puerta del cuarto de la Marquesa como si le hablase y recibiese sus órdenes; echa una ojeada á todas partes y baja. En este tiempo ha vuelto Juan.)

ESCENA XI

JUAN, ÁGUEDA y CARLOS

JUAN — Ya están colocados todos; no queda más que el amigo Bonar por despachar... (Relámpago.) ¡Canario!... Me ha dado en los ojos... Ya tenemos la tempestad encima. . Pues no faltaba más, para impedirme dormir por toda la noche. ¿Pero dónde este demonio de mujer habrá ocultado á la pobre Enriqueta? Ya viene: voy á preguntarle... fuerza será que me diga... (Carlos vuelve á la puerta del pabellón, tan pronto como Agueda ha bajado.)

AGUEDA — Dime, hombre... (Apresurada.)

JUAN — ¿A dónde la has colocado...? (Lo mismo.)

AGUEDA — ¿Has visto?

JUAN — No.

AGUEDA — Sí, hombre, aquí estabas...

JUAN — Cuando te digo que la estoy buscando.

AGUEDA — No se trata de eso... Has visto cuando la señora ha dicho: «Mientras respire, no manci»llaréis el apellido de vuestros padres; baja»ré á la tumba antes que consentir...»

CAR. — Juan, Agueda. (En voz baja.)

JUAN — ¡Eh! (Asustados se vuelven y se encuentran de espaldas.)

AGUEDA — ¿Qué es esto?

CAR. — Por aquí.

JUAN / AGUEDA — ¡Ah! (Volviéndose cara á cara.)

CAR. — Chito... Yo soy... Esperadme.

JUAN — ¡Toma! Es el señorito. (Mirando al pabellón.)

CAR. — Bajo á hablaros.

AGUEDA — ¡Dios mío! ¿Qué querrá?... Si sabrá que la señorita Enriqueta .. (A su marido.)

CAR. — Amigos míos. No receléis de mí... os juro no decir nada á mi madre. Pero os suplico no me ocultéis la verdad... ¿Enriqueta ha venido aquí?

JUAN — Sí. (Pronto.)

AGUEDA — No. (Hace señas á Juan para que calle.)

CAR. ¡Cómo!

JUAN ¡Eh!... ¡No te asustes, mujer... no ves que el señorito no es de los enemigos de la pobre Enriqueta!... Pues sí señor: ha venido aquí, y aun mejor que eso, aquí está todavía.

CAR. ¡Aquí está!... Oh, amigos míos, os deberé más que la vida si me permitís hablarla un solo instante.

JUAN En cuanto á ese punto... aquí está mi señora y dueña... porque no sé en qué agujero la tiene escondida.

CAR. Querida Agueda... todo cuanto poseo...

AGUEDA Dejad por Dios .. no quiero nada... Vamos, voy por ella. Pero no respondo de traerla, porque tiene tanto miedo de veros...

CAR. No le digais que soy yo quien la llama... Un injusto temor la detendría tal vez... y sin embargo, Dios ve mi corazón y el sentimiento que me guía.

JUAN Anda, mujer, anda.

AGUEDA Esperadme, vuelvo al momento. (Entrase en la granja.)

CAR. Amada Enriqueta, ¿con que voy á verte?... ¡Ay!... Podré al menos jurarla que siempre la amaré...

JUAN Ha ido por fin. Mi mujer. . ¿estais?... Mi mujer es una mujer, como son casi todas las mujeres... Chilla, alborota, gruñe. . pero con todo eso, aquí en el fondo tiene algo de bueno, y por eso la amo tanto.

CAR. Silencio. (Escuchando.)

JUAN Ahí tenéis vuestra señorita.

ESCENA XII

DICHOS, AGUEDA que trae á CRISTINA. Brillan algunos relámpagos y el trueno se oye lejos. Carlos y Juan se retiran un poco para dejar el paso libre á Cristina

AGUEDA Venid, señorita, venid. No tengais cuidado. La señora está acostada.

CRIST. ¿Para qué conducirme aquí? ¿No oís cómo truena? ¡Ah! volvámonos... (Con inquietud.)

AGUEDA Ahí tenéis quien quiere hablaros.

CRIST. ¡Ah!... no... (Asustada.)

CAR. Enriqueta, es vuestro amigo; es Carlos...

CRIST. ¡Oh, Dios!... Señor Carlos, ¿sois vos? (Se cubre la cara de rubor, y Carlos la coge de la mano.)

JUAN Ya no tiene tanto miedo: dejémoslos charlar. (Llama aparte á su mujer.)

CAR. Amiga mía... ¿Por qué huir de mí? ¿Me teméis? Carlos nunca os creyó culpable.

CRIST. ¿Sería posible?... ¡Ah, no soy, pues, tan desgraciada! No, no, señor Carlos. Nunca cometí la acción tan horrible que se me imputa. El monstro que me persigue conoce mi inocencia: tiene todas las pruebas que pueden acreditarla... pero quiere obligarme á fuerza de persecuciones á darle el derecho de apoderarse de la fortuna que me han robado.

CAR. ¿Qué decís? ¿Y qué, señorita, ese Valter, ese cruel, se atrevería á pretender vuestra mano?

CRIST. Moriré mil veces antes que lo consiga... Os lo juro, señor Carlos... aunque mi corazón estuviera libre, preferiría la muerte á ese himeneo.

JUAN ¿Oyes eso? (A su mujer.)

CAR. Amiga mía, lo que me decís, al tiempo que excita mi indignación, me abre, sin embargo, los ojos y me devuelve la esperanza. ¿Decís que Valter tiene en su poder las pruebas de vuestra inocencia? Y bien, yo adquiriré esas pruebas, sí, amiga mía, las adquiriré, aunque debiera arrancárselas con las armas en la mano. Y no se me escapará... seguiré por todas partes sus huellas, como sigue las vuestras el infame, y yo soy, sí, Carlos es quien os devolverá el honor y el cariño de su madre.

CRIST. ¿De vuestra madre?... ¡Ay. . nunca! ¡el juramento que acaba de pronunciar!...

CAR. ¿Qué juramento?

CRIST. Detrás de ese tabique (Señalando á la puerta de la granja.) estaba; privada de la felicidad de ver á mi bienhechora, me había arrimado para oir al menos vuestra voz y la suya... ¡Ay!... en aquel momento toda esperanza se

perdió para mí... «Mientras respire—dijo vuestra madre—no mancillaréis el apellido de vuestros padres. Bajaré á la tumba antes que consentir en esta odiosa alianza.» ¡Ay, señor Carlos, todos los males que me ha hecho padecer Valter, no habían nunca tan cruelmente herido mi corazón!

AGUEDA Hombre, todo lo ha oído. (A Juan.)

CAR. Querida Enriqueta, mi madre no será injusta... Conocéis su corazón... Si algún día...

BONAR ¡Señor!... ¡Señor!... (Bonar desde el medio del patio llamando á media voz.)

CRIST. ¡Oh, Dios! (Asustada.)

CAR. No os asustéis, es Bonar.

CRIST. Separémonos, tiemblo que me sorprendan.

CAR. ¿No os volveré á ver?

CRIST. Vuestra madre me lo prohibe.

BONAR Señor. (A media voz.)

CRIST. ¡Oh, dejadme huir!...

CAR. Dignaos, al menos, decirme á dónde dirigiréis vuestros pasos.

CRIST. No puedo. Debo huir de vos; pero mi corazón no dejará nunca de amaros. (Bonar se acerca. Acuden Juan y Águeda.)

AGUEDA Venid pronto. (A Cristina.)

JUAN Ahí está Bonar.

CAR. Adiós, adiós, querida Enriqueta. (Besándola la mano. Agueda y Juan se llevan á Cristina. Llega Bonar todo azorado.)

ESCENA XIII

CARLOS y BONAR

BONAR ¡Ah! ¿estais aquí, señor? Os creía arriba.

CAR. ¿Qué me queréis? ¿Quién os llamaba?... (De mal humor.)

BONAR ¡Chito! Hablemos más bajo, por Dios.

CAR. ¿Por qué?

BONAR Acabo de ver una cosa muy extraordinaria.

CAR. ¿Y qué?

BONAR Ese hombre endemoniado que ha venido esta mañana á la quinta, que lo ha echado

todo á perder, y que desapareció de repente después de esta hazaña...

CAR. ¿Y bien?

BONAR Está aquí.

CAR. ¡Valter!...

BONAR Chito... Estando arreglando algunas cosas en la berlina, de repente observé como una figura de hombre que sale del bosque que está inmediato á la granja; le veo saltar por la empalizada; acercarse con cuidado y rondar alrededor de la berlina. Admirado me asomo por la ventanilla... y como en el mismo momento vino el resplandor de un relámpago, he reconocido mi maldito preguntón, desfilando por la tapia y viniendo hacia este punto.

CAR. Está aquí... El infame sin duda persigue á su víctima. Bonar, ¿qué habéis hecho de mis armas?

BONAR Válgame Dios, señor mío... ¿Qué pretendéis hacer?

CAR. Callad... ¿A dónde están?

BONAR En la berlina. Pero señor...

CAR. Venid.

BONAR ¿Cómo, sin avisar á la señora?

CAR. Seguidme, y sobre todo callad. Vamos á buscar mis armas. Si es verdad que está aquí Valter, ese monstruo no llevará más lejos la impunidad de sus delitos. Venid pronto. (Se lleva á Bonar.)

BONAR ¡Oh, no os dejaré, querido amo!... Voy... (Vanse. Los relámpagos se multiplican. Está tronando con fuerza; Valter sale con precaución. La noche está muy obscura.)

ESCENA XIV

VALTER solo

Todos se han recogido... estoy solo... No hay que titubear... He reconocido la berlina de la marquesa... Su hijo estará aquí... Habrán corrido en busca de Cristina... El

amor triunfaría sin duda, y sería yo infaliblemente perdido si se uniesen en contra mía... (La tempestad se aumenta.) Aquí es donde estuve antes... Sí.. Ese es el cuarto donde descansa Cristina... La puerta en frente de la ventana... Bien lo he observado... La obscuridad, el ruido de los truenos, todo me favorece... Escuchemos... No oigo nada más que el estrépito del rayo... Vamos... Apenas veo... Me estremezco á pesar mío... Animo... Es preciso que perezca. (Saca un puñal y sube.) La puerta está abierta. . (Mirando á todas partes.) Nadie parece... allí... (Señalando á la puerta del pabellón.) Vamos... (Cierra la ventana y entra precipitadamente. En este momento Carlos y Bonar, el primero con pistolas, atraviesan el fondo del patio registrando. Se oye un grito agudo en el pabellón. Al mismo tiempo el rayo cae sobre dicho edificio, desplomando parte de él; y le abrasa. Valter, espantado, sale en un desorden horrible y baja rápidamente.) ¡Gran Dios, es el rayo!... Cristina murió. Ya estoy libre de temores. (Oyense gritos en la granja.) ¡Qué alboroto! ¡Huyamos! Nadie me ha visto! (Huye por el fondo: los gritos se aumentan en la granja. Cristina sale la primera.)

ESCENA XV

CRISTINA sola

¡Qué ruido!... ¡Qué relámpagos tan terribles! ¡Dios poderoso!. Mi bienhechora es perdida. (Se arroja al pabellón, á pesar de las llamas, gritando:) ¡Socorro... socorro... acudid! (Al momento Juan, Agueda, Rosa y todos los criados salen de la granja ó vienen por el patio; Carlos y Bonar acuden también corriendo, precipitándose á la escalera. Las llamas salen del pabellón y caen las gradas. Unos miran á Cristina con espanto. Otros corren á detener á Carlos. El incendio alumbra este cuadro general.)

ESCENA XVI

CARLOS, JUAN, ÁGUEDA, BONAR, ROSA y todos los criados

JUAN ¡Dios mío!... Es el rayo que ha caído en la granja... fuego... fuego...

CAR. ¡Dios! ¿La llama devora el pabellón?... (Acudiendo.) ¡Mi madre!... ¡Mi madre!

JUAN ¡Corred, volad!... Salvad á la señora Marquesa. (Todos van á precipitarse. Cristina aparece en lo alto de la escalera, en medio de las llamas, pálida, el pelo caído, con un puñal ensangrentado en la mano.)

CRIST. ¡Ya no es tiempo!... ¡La señora de Belvil ha sido asesinada!

TODOS ¡Asesinada!...

CAR. ¡Justo cielo!... (Quiere correr al cuarto.)

CRIST. Ved... Ved... su sangre... yo soy... yo soy... (Desmayándose.)

CAR. ¡Madre mía!... ¡Ah!... ¡Yo muero!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa la sala principal de la granja, con una puerta grande en el foro, por donde se ve el patio donde pasaba el segundo acto. Todas las pertenencias que rodean este palacio, acaban de ser consumidas por las llamas, están en ruinas, y todavía humeando.

ESCENA PRIMERA

AGUEDA, BONAR, ROSA, Aldeanos y aldeanas

(Al levantarse el telón se ve un cuadro de las resultas de los trabajos de un incendio. En el fondo del patio hay aldeanos que están pasando de mano en mano unos cubos de agua. Otros llevan escaleras, hachas y otros instrumentos. Se ven mujeres que atraviesan espantadas en medio de los trabajadores, llevando ropa y muebles. Algunos trabajadores, sentados en un rincón de la sala, están descansando con sus utensilios, y parecen aniquilados de fatiga.)

AGUEDA ¡Ay! ¡San Antonio bendito! ¡Virgen santísisima! ¡Qué desgracia!... ¡Qué desolación!... Animo, amigos míos, no nos abandonéis, ó somos perdidos, arruinados... Cómo, ¿no tenéis que refrescar?... Rosa... Rosa...

ROSA Señora... señora.

AGUEDA Vamos, Rosa, dales vino, aguardiente, todo cuanto hay en casa: no pueden más... ¡Pobrecitos!... Se mueren de calor. (Rosa da de beber á los trabajadores. Bonar sale por una puerta lateral

con priesa como para atravesar. y Agueda le detiene)
¡Ah! ¿sois vos, mi buen señor Bonar? ¿Y cómo va aquello?

BONAR — No sé nada, señora Agueda: voy corriendo por un lado... por otro... no sé lo que me hago; sosegaos, sin embargo. El señor procurador del Rey se ha puesto él mismo al frente de los trabajadores, y el señor Abate L'Epée, que acaba también de llegar, anima toda la gente... todos trabajan; se conservará la habitación principal.

AGUEDA — ¿Creéis que se conservará, señor Bonar?

BONAR — Sí, no hay duda, excepto, sin embargo, lo que está quemado ya... Pero la señora Marquesa... Nuestra buena ama... ¡Ay! señora Agueda...

AGUEDA — ¡Y que semejante desgracia haya sucedido en mi casa!... ¡Válgame Dios!

BONAR — Os dejo; voy volando á ver al señorito, á Enriqueta, y á todo el mundo... Es una desesperación. (Vase y los trabajadores que descansaban vuelven á la obra.)

AGUEDA — Enriqueta... Enriqueta... Parece que la maldición entró con ella en casa. ¡Y mi señor marido que está en medio del fuego!... Rosa... Rosa...

ROSA — No os aflijáis, señora. Es verdad que toda la parte nueva de la granja se ha quemado; pero ya se acabó... no se ven llamas... y á fe mía que era tiempo, porque ya no hay gota de agua en la fuente ni en los pozos... Señora... Señora... aquí está el amo.

ESCENA II

DICHAS y JUAN por la puerta del patio, todo desgreñado; sus vestidos están á medio quemar; algunos trabajadores le acompañan

JUAN — Uf... basta, basta, hijos. El fuego ya se apagó... Sin embargo, corred pronto por el otro lado... Haced por salvar algo más... Corred, amigos... Confío en vuestro buen corazón...

Uf... ya no puedo más, señora Agueda; estoy hecho una fuente... mira, mira... chorreando agua por todas partes. (La obra cesa, los trabajadores se van por otro lado.)

AGUEDA ¡Válgame Dios, hombre! ¡Si estás asado!

JUAN Pues ya se ve... Se me prendió fuego por arriba... gracias que me han apagado... si no me hubiera quemado enterito, sin advertirlo siquiera en medio del calor... A propósito... Consuélate... Los animales ya están fuera de peligro... y la cosecha también... ¡Pero caspita; qué desastre! ¡Una granja tan hermosa!

AGUEDA ¡Y una muerte en casa!... ¿Y nuestra buena ama?

JUAN ¡Y decir que no haya podido descubrirse al matador!... Sin embargo, todo el pueblo está en movimiento... Los voluntarios y los guardas cercan el bosque hasta el puente... y... caramba... Para que el pícaro se les escape, será preciso que se le lleven los demonios.

AGUEDA A propósito. (Con misterio, le lleva aparte.)

JUAN ¿Qué hay?

AGUEDA ¿El señor procurador del Rey te ha hablado esta noche?

JUAN ¡Toma! ¡Si me ha hecho más de mil y quinientas preguntas!

AGUEDA ¿Y sobre qué?

JUAN ¿Qué sé yo?... Sobre un montón de cosas. Principalmente, sobre la señorita Enriqueta.

AGUEDA ¡Es singular!... Pues á mí también.

JUAN ¡Hombre!

AGUEDA ¿Qué te ha preguntado?

JUAN ¡Toma! Quien és, de dónde viene, á dónde va... qué hacía en casa... por qué se ocultaba.. y luego su amor... su matrimonio... ¿Qué sé yo? En fin, habladurías: como si no tuviera uno otra cosa que hacer, cuando está ardiendo su casa.

AGUEDA ¿Y qué has contestado?

JUAN Qué sé yo... No me acuerdo... Además que...

AGUEDA Mira, Juan, yo creo que en cuanto á la muchacha, hay muchas más cosas de las que

nosotros sabemos... Y á fe mía, que me arrepiento de haberla recibido en casa.

JUAN ¡Cá!...

AGUEDA Allí está desmayándose á cada momento; y cuando vuelve en sí, habla sin saber lo que se dice... «¡Por qué he venido aquí!... Yo soy quien hubiera debido perecer.» Y otras mil cosas sin pies ni cabeza. Luego sale, figura estar en Bruselas, se defiende como si estuviera acusada, y está diciendo sobre aquello un millón de disparates. En fin, diría una que perdió el juicio la muchacha. Ni el señorito Carlos, ni el señor Abate L'Epée, consiguen sosegarla... Como que á no ser casi una niña, sería capaz todo esto de dar ciertas sospechas...

JUAN ¿Sospechas? Espera... ahora que me acuerdo... ¿Pero qué es esto? ¿Qué sucede?

AGUEDA ¡Ay, Dios mío! ¿Si será otra desgracia?

ESCENA III

DICHOS, ROSA y ALDEANOS en el fondo

ROSA Señora... señora... (Corriendo.)

AGUEDA ¿Qué es esto?

JUAN ¿Qué hay? ¿Qué significa tanta gente?

ROSA ¡Ay, señora!... Si es el cuerpo de la señora Marquesa, que han sacado esta noche de las llamas... y que el señor Procurador del rey hace trasladar.

AGUEDA ¡Dios mío!... ¿Es nuestra buena, nuestra querida ama?...

JUAN ¡Mujer!... ¡Mujer!... Ahí viene. (Unos trabajadores atraviesan el fondo del patio, despacio y como precediendo al cuerpo; otros están llorando: otros se acercan respetuosamente: de repente se oyen gritos.)

CAR. (Dentro.) ¡Madre mía!... ¡Madre mía!...

JUAN ¡Jesús!... Es el señorito... (Se cierra precipitadamente la puerta, y Carlos, arrancándose de los brazos de Bonar y del Abate L'Epée, sale por el lado derecho, buscando con la vista.)

ESCENA IV

DICHOS, CARLOS, ABATE y BONAR

CAR. Dejadme, dejadme darle el último adiós.

BONAR Querido amo ..

TODOS (Rodeándole.) Señor Carlos...

CAR. Crueles... ¿Queréis impedirme bañar con mis lágrimas lo único que me resta de una tierna madre?... ¿Podéis privarme de este último consuelo? ¡Oh, madre mía!... Te juro ante Dios, cuya justicia debe caer sobre tu execrable asesino, te juro no conocer ya descanso ni felicidad hasta que el monstruo que me ha privado de tí, haya expiado su delito á costa de toda su sangre.

ABATE Señor Carlos, noble y desgraciado hijo, confiad en Dios, cuya justicia no dejará impune el delito, y cuya misericordia habrá recompensado ya las virtudes de vuestra venerable madre. (Se oye ruido y gritos de mujeres. Todos miran con asombro. Sale Cristina corriendo y perseguida de hombres armados.)

ESCENA V

PROCURADOR DEL REY, ABATE, CARLOS, CRISTINA, JUAN, ÁGUEDA, BONAR, ALDEANOS, VOLUNTARIOS y GUARDABOSQUES

CRIST. Salvadme... salvadme...

CAR. Enriqueta...

ABATE ¡Hija mía!...

CRIST. ¡Oh, padre mío!... No me abandonéis. (Refugiándose en los brazos del Abate.) Sabéis mi inocencia... No permitáis que me arranquen de vuestros brazos.

CAR. Deteneos... ¿Qué hacéis? (Deteniéndoles.)

ABATE Señor Procurador del rey, ¿tolerais semejante atropello?

PROC. Cumplen con mis órdenes, señor. Yo soy quien les he mandado prender á esa joven.

CAR. ¡Enriqueta!...

ABATE ¡Gran Dios!

AGUEDA ¡Eh! ¿No lo había dicho yo? (A Juan.)

PROC. Hubiera querido, señores, ahorraros á los dos ese nuevo motivo de aflicción, porque no ignoro el interés que os inspira esa joven, que no conocéis sin duda.

CAR. ¡Cielos!...

PROC. Supuesto que es preciso, sabréis la verdad. En medio del espanto general y del tumulto de esta noche, mi ministerio me obligaba á las más severas indagaciones, y debía observar con igual cuidado á todos los que merodean. La turbación de la señorita, el trastorno en que parecía sumergido su juicio, me llamaron más particularmente la atención; y las palabras, las confesiones que se le han escapado en su delirio, me han dado á conocer en ella, á esa huérfana de Bruselas que los Tribunales han sentenciado; que la justicia no pudo hasta ahora alcanzar, y que mi deber me obliga á entregar á los magistrados de su país.

ABATE (¡Es perdida!)

CAR. ¿Y qué, señor, sabéis?..

PROC. Se llama Cristina.

TODOS ¡Cristina!... (Cristina se cubre la cara con las manos.)

CAR. ¡Ah, señor! Os juro que no es culpable... Es una impostura horrible...

PROC. Cuidado, señor de Belvil... No la defendais... Podrías involuntariamente ultrajar la memoria de vuestra madre.

CAR. ¡De mi madre!... ¡Oh! No... no... Sólo dudando de la bondad, de la justicia de mi madre, sería culpable... No señor. . Cristina...

PROC. Deteneos, os repito.

CRIST. ¡Ay, señor Carlos!... No me defendais más... Abandonadme todos... ¿Lo veis?... La desgracia sigue mis pasos... Hiere ciegamente á todos los que se acercan á mí... Dejadme...

Dejadme caer bajo el peso de mi dura suerte... No tengo ya fuerza ni ánimo para sostenerla más tiempo.

ABATE ¡Infeliz!

PROC. Llevadla... (A los Guardias.)

ABATE Un momento, señor. Una sentencia existe, y como magistrado no podéis creerla injusta. Esta infeliz para vos es culpable, y debéis entregarla á los que la condenaron. Tal es, lo sé, tal es vuestro deber; pero convencido yo de su inocencia, el mío es el de ir á defenderla. Os declaro, pues, que no me separaré de ella; compareceré ante los jueces, presentaré como garante de su virtud ochenta años de una vida sin tacha, y tal vez se me atenderá. Venid, hija mía. Señor, estamos prontos. Podéis mandar que nos lleven á Bruselas.

PROC. Una resolución tan generosa en un hombre de vuestro carácter, no puede dimanar sino de la más íntima convicción Es, pues, obligación mía iluminar vuestra conciencia. Agueda, llevad á Cristina á la sala inmediata. No la perdais de vista. (A los Guardias.) Os prometo que no se marchará sin que seais avisado. (Al Abate.)

CAR. Sosegaos, señorita; siempre tendréis en nosotros amigos y defensores.

CRIST. ¡Ah!... Ya os he costado bastantes lágrimas .. Señor Carlos... protector mío... si debo dejaros para siempre, no me creais culpable. Es todo cuanto me resta que pedir á Dios. (Besa las manos del Abate.)

JUAN Pobrecita... Pues mira... (A Agueda con enternecimiento) No me parece más mala que yo.

AGUEDA ¡Sin embargo, hombre, si es Cristina!...

ABATE Id, hija mía, cobrad ánimo, y sobre todo, por más desgraciada que seais, no dudéis nunca de la Providencia divina. (Agueda se lleva á Cristina: los Guardias la siguen. Juan hace seña á los aldeanos de seguirle y se los lleva)

ESCENA VI

EL PROCURADOR DEL REY, ABATE, CARLOS

PROC. Señores, según acabo de verlo con la mayor sorpresa, ¿ambos sabíais que vuestra protegida era aquella Cristina de Bruselas, tan conocida?

ABATE Sí, señor.

PROC. Y ambos, seducidos por engañosas apariencia, ó más bien por aquella noble incredulidad que las almas virtuosas tienen siempre para los grandes crímenes, ¿no podeis dar crédito á la culpabilidad de esa joven huérfana?

ABATE No, señor.

PROC. ¿Cuál será vuestra sorpresa cuando os diga, que los más fuertes indicios parecen implicarla todavía en el crimen de esta noche?

CAR. ¡Gran Dios!

ABATE ¡Qué horrible suposición!...

PROC. Oidme, señores... ¿Conoceis á alguno que pudiese ser enemigo de la Marquesa?

CAR. ¿De mi madre?..

ABATE No, señor; todo el mundo la quería; y nadie pudo quejarse nunca de ella.

PROC. ¿Nadie, decís? ¿Qué sucedió ayer en la quinta? La que os engañaba se vió echada por la Marquesa, y perdió así de repente las más brillantes esperanzas. En tal situación, ¿á dónde dirigir sus pasos? A esta granja, donde vuestra madre pernoctaba muchas veces. Vino á ella secretamente; suplicó que la ocultasen. Apenas admitida en ella, un hombre que la seguía, se introduce sin saberlo sus huéspedes, y con todo el misterio que suele emplear el crimen... Se sorprende á Cristina fuera del cuarto que le estaba señalado, y en una turbación inexplicable. En aquel momento llegais. Su terror se aumenta. Suplica á sus huéspedes no revelar su venida. Oye á vuestra madre... atendedme,

señores; oye á vuestra madre proferir el juramento que: «mientras exista, no formareis tan odiosa alianza...» Todos se recogen... Todo está en calma... El hombre que la seguía se deja ver otra vez. Al momento cae el rayo... se oyen gritos... todos acuden... y se ve á Cristina pálida, despavorida, salir del cuarto donde espira vuestra madre, y gritando con un puñal en la mano... yo soy... yo soy...

CAR. Deteneos... deteneos... me matais.. Gran Dios... ¡qué cuadro!... ¿Y qué, Cristina?... No... no... Es imposible... ¿Pero qnién era ese hombre que la seguía?

PROC. Lo ignoro... Se le busca en este momento... Y bien, señor, ¿callais?... (Al Abate; Carlos aparece absorto en sus pensamientos)

ABATE Me espanta la perseverancia que la suerte parece emplear en perseguir á esa infeliz. No, señor: Cristina no es culpable; pero no hay inocencia que pueda luchar con tantas y tan desgraciadas combinaciones. La misma mano que quiere socorrerla, la precipita en nuevos abismos. Hasta sus propias virtudes, todo parece tomar un aspecto criminal para aniquilarla... ¡Dios mío!... ¿Sucumbirá la inocencia?... ¿Triunfará Valter?

CAR. ¡Valter!... ¿Un hombre ha seguido á Cristina, y decís que se ocultaba? (Como saliendo de un sueño.)

PROC. Sí, señor, me consta.

CAR. Es Valter ..

ABATE ¿Qué decís?

CAR. Mi espíritu agitado, turbado por tantas imágenes terribles, había perdido el recuerdo de toda circunstancia anterior. Pero el sólo nombre de Valter ha bastado para producir en mí una revolución que parece reanimar mis sentidos. Sí, Valter... no lo dudeis... Valter es el hombre á quien buscamos. Esta noche tuve aviso, que el monstruo rondaba estas inmediaciones, buscando sin duda su víctima... Cogí mis armas... Seguí corriendo sus huellas! ¡Pero, gran Dios!... Luego no ví más que llamas y la sangre de mi madre.

ABATE ¿Valter está aquí?

PROC. Pero, señores, ¿ese hombre era enemigo de la Marquesa? (Carlos aparece confundido.)

ABATE Señor Magistrado, no puedo darme razón á mí mismo de las ideas confusas que me ocurren... La presencia de Valter en estos parajes, debe ocultar un misterio horrible... Me parece que un rayo de luz va penetrando las más espesas tinieblas. ¿Os dignareis tener en mí bastante confianza para permitirme hablar un momento á solas con Cristina?

PROC. Aunque lo que me pedís no fuera un derecho sagrado de vuestro augusto ministerio, me apresuraría á concedéroslo. Voy á enviaros á Cristina; pero, os lo confieso, no participo de vuestras esperanzas. (Vase.)

CAR. El exceso de mi legítimo dolor no me hace injusto... Como vos, conozco el alma de Cristina. Amigo mío... padre mío... la justificaremos... (El Abate levanta los ojos al cielo en tono de duda y de aflicción. Carlos se va con el Magistrado por la puerta del foro.)

ESCENA VII

El ABATE, solo

¡La justificaremos!... Mi confianza en Dios me inclina á creerlo... ¿Qué mano, sin embargo, me guiará en esta obscuridad?,.. No veo arbitrio... Valter estaba aquí... Valter es un malvado... Son las únicas luces que tengo... Tal vez Cristina... Ella viene. (Agueda trae á Cristina hasta el medio de la sala. El Abate viene á recibirla de la mano. Agueda se retira.)

ESCENA VIII

EL ABATE y CRISTINA

ABATE — Acercaos, hija mía... Al lado mío ningún temor, ninguna desconfianza deben turbaros... La amistad no abusa de las confesiones que consigue... Habladme, pues, con sinceridad,

CRIST. — ¡Ay, señor! ¿Qué podría ocultaros?... Conoceis el fondo de mi alma, tal vez mejor que yo misma.

ABATE — Así es que no dudo yo de vuestra inocencia; pero quisiera probarla á los demás... Veamos, tratad de acordaros bien de todo... Una circunstancia fatal se presenta en el acontecimiento de esta noche. Os han visto salir del cuarto en donde se cometió el crimen, y casi en el mismo momento .. ¿Qué estábais haciendo allí?

CRIST. — Lo he dicho, señor; el rayo acababa de caer. Por todas partes se oían gritos... Salgo, y veo las llamas devorando el pabellón... Espantada del peligro que corre la Marquesa, me precipito en su cuarto... ¡Qué horrible espectáculo alumbraban las llamas del incendio! Mi bienhechora, medio caída de su cama y bañada en sangre... Veo un puñal clavado en su seno... Le saco... Lo demás lo sabeis mejor que yo misma; pues desde aquel momento fatal perdí el sentido...

ABATE — ¿Ibais, pues, á socorrer á la Marquesa?

CRIST. — ¡Ay, sí señor!... ¡Ojalá hubiera perecido yo por la madre de Carlos!

ABATE — ¡Pobre Enriqueta!... ¡Y ella fué!... Animo, hija mía, no debes sucumbir... Decidme ahora... ¿Cuando vinísteis á la granja os seguía alguien?... Aseguran que un hombre se ocultó en ella esta noche, y que este hombre os es conocido.

CRIST. — Cierto es, señor; pero no creía que nadie le hubiese visto. Es Valter. Apenas Juan y su mujer se habían recogido, cuando ese hom-

bre cruel se presentó á mi vista... Nunca me había inspirado tanto horror... Yo estaba temblando... El quiso aprovecharse de mi turbación y del abandono en que estaba, para arrancarme de este último asilo... Su audacia, sus horribles palabras reanimaron mi valor, y me atreví á amenazarle también, desechando con horror sus propuestas... Entonces el odio, el furor se pintaron en sus terribles ojos... Juró sacrificarme... Espantada quise llamar... Sacó un puñal... le levantó, y me hubiera infaliblemente asesinado si un ruido repentino de voces no le hubiera obligado á huir.

ABATÉ ¿Valter ha querido mataros esta noche?... Me parece que á cada momento voy alcanzando la verdad. ¿Pero, por qué no habéis declarado ese horrible atentado?

CRIST. No me he atrevido... Temía venderme á mí misma: ahora nada tengo que ocultar, pues nada me queda ya que temer.

ABATE ¿Cómo conciliar tan opuestos acontecimientos? ¿En qué punto de estos parajes os amenazó Valter?

CRIST. En la granja... Le fué facil atraerme fuera de mi cuarto, usando de vuestro nombre.

ABATE Vuestro cuarto, ¿dónde estaba?

CRIST. ¡Ay, señor!... Era el mismo donde han muerto á madama de Belvil.

ABATE ¡Cielos! ¿El mismo decís? (Vivamente.)

CRIST. Sí, señor, me lo habían destinado; pero cuando llegó la señora... me apresuré á ocultarme en la granja.

ABATE ¡Gran Dios!... ¿Con un puñal?... ¡En ese cuarto!...

CRIST. ¿Cuál es vuestro pensamiento?

ABATE ¡Oh, Dios mío! Pronto á coger el hilo que debe guiarme en este horrible laberinto, dígnate dirigir mi mano. Y vos, hija mía... vos que no sabeis tadavía cuán injustos son los hombres, rogad al cielo que les ilumine... Rogadle que me inspire los medios de salvaros... Rogad... cual el hijo de Abraham, dispuesto á perecer en el Monte Sinaí...

(Cristina se arrodilla, une sus manos con fervor. El Abate está en pie al lado suyo, levantando las manos al cielo. El Procurador del Rey sale por la puerta del foro y se para admirado. En el mismo momento se oyen tiros. Siguen gritos tumultuosos; Cristina se levanta espantada. Se oyen las voces: ¡Victoria!)

ESCENA IX

PROCURADOR DEL REY, ABATE, CRISTINA, JUAN, AGUEDA, ALDEANOS

VOCES (Dentro.) ¡Victoria, Victoria!

CRIST. ¡Gran Dios! (Levantándose.)

PROC. ¿De dónde nace ese tumulto?

JUAN ¡Señor Magistrado!... ¡Señor Magistrado!... Ya le tenemos... Ahí viene.

PROC. ¿Y quién viene, amigo mío?

JUAN El hombre que el señor Bonar y la justicia han visto rondando esta noche en las inmediaciones de la granja.

CRIST. ¿Valter?

AGUEDA No sé quién es; pero tiene trazas de pícaro.

ABATE ¿Está arrestado?

JUAN Ya se ve que lo está... y no ha sido sin penas y sin peligros, porque ha disparado sus dos pistolas, y luego, ¡canario! ¡Qué resistencia! No es hombre, señor Magistrado, es el demonio. Como se necesitan con él muchas precauciones, venimos á preguntaros á dónde le hemos de llevar.

PROC. Traedle aquí al instante... Volved y encargad á todos, con orden mía, que no se le haga pregunta alguna, y no se conteste á las que hiciere.

JUAN No tengais cuidado, señor, no hay medio de entablar conversación con semejante hombre.

PROC. Id pronto, hijo, pronto.

AGUEDA Cuidado, Juan, que tal vez tenga otras pistolas... Id todos, todos, con mi marido. (A los aldeanos, que lo ejecutan.)

ESCENA X

PROCURADOR DEL REY, ABATE, AGUEDA, CRISTINA

ABATE — La prisión de Valter en el mismo momento que acabo de adquirir luces inesperadas sobre la muerte de esta noche, me manifiesta los secretos designios de la Providencia divina. Ya tengo más que esperanzas á favor de mi interesante huérfana; y si me permitís asistiros en el interrogatorio de Valter, me persuado que podré eficazmente contribuir al triunfo de la justicia. ¿Mereceré vuestra confianza? (Al Procnrador.)

PROC. — Ya la teneis de mucho tiempo. Además, me favoreceis mucho, uniendo las luces de vuestra experiencia á mis fuerzas, para descubrir la verdad en tan obscura causa. (Se oye gran ruido fuera.)

ABATE — Oigo ruido. Dignaos mandar que se lleven á Cristina.

PROC. — Agueda, lleváosla.

AGUEDA — ¿Será menester encerrarla?

ABATE — Yo respondo de ella... Gente viene... Id en paz, hija mía. (Agueda se lleva á Cristina. Un ruido anuncia la llegada de Valter, que trata todavía de resistirse; Juan, los criados y todos los aldeanos, rodeándole, salen en tropel y lo echan con violencia en la escena. Valter está en el más grande desorden, y en su cara denota la turbación de su alma.)

ESCENA XI

PROCURADOR DEL REY, ABATE, VALTER, JUAN, CRIADOS, GUARDIAS, ALDEANOS

JUAN — ¡Vamos, caramba, adelante! (Empujando á Valter.) No sirven gestos... Aquí está el señor Procurador del Rey... El es quien os llama... Y cuidado... O con mil demonios. (Como amenazándole. Valter echa una mirada á Juan, que le asus-

ta y hace retroceder. El Procurador hace señal que todos se aparten. El Abate no deja de mirar con atención á Valter.)

VALTER Extraño mucho, señor Magistrado, que permitais se me ultraje de este modo... ¿Con qué derecho se me arresta?

PROC. Con el que manda velar por la seguridad pública ¡Sois extranjero! ¿Y qué objeto os ha traído á este país? ¿Quién sois?

VALTER Me llamo Valter; soy natural de Bruselas; abogado de profesión. Vengo de la quinta de Belvil. El señor (Señalando al Abate.) que allí estaba, puede informaros del motivo que me ha dirigido á ella. Vuelvo ahora á mi familia.

JUAN (Tal vez no la tiene.)

PROC. ¿Por qué tratásteis de huir, é hicísteis resistencia cuando iban á arrestaros?

VALTER Debía creer que se intentaba atentar contra mi vida.

PROC. Se os ha visto esta noche cerca de la granja de Juan.

VALTER Es una impostura... Atravesaba el bosque, y no me he acercado siquiera al pueblo.

PROC. Cuidado con lo que decís... Dos testigos pueden acreditar lo contrario.

VALTER ¿Quiénes son? (Inquieto.)

PROC. El señor de Belvil, y el mayordomo de su quinta.

VALTER ¿El señor de Belvil y su criado? (Con ironía.) Es digno, con efecto, del amante de Cristina, el tratar de vengarse del favor que he dispensado á su familia, preservándola de la deshonra que la amenazaba. El señor (Señalando al Abate.) puede dar testimonio, ha visto mi conducta; el honor me la dictaba. En cuanto al señor de Belvil, no es extraño que cegado por el amor, arrebatado por su pasión, me conceptúe enemigo de una mujer, que he hecho sentenciar, y que en su desesperación amorosa, yo sea á quien acuse.

PROC. A quien acuse... (Vivamente, y Valter mira con recelo.)

ABATE Por Dios, no le interrumpáis. Proseguid, se-

ñor; os defendéis muy bien. ¿Pero quién os ha dicho que se os acusaba? ¿Cómo habéis sabido que se ha cometido esta noche en el pueblo un crimen, del que se os puede creer el autor?... ¿Cómo lo habéis sabido, cuando, según lo que acabáis de decir, no os habéis acercado siquiera á este pueblo?

VALTER Respeto vuestro augusto carácter... Pero me permitiréis advertiros que os salís de los límites de vuestro ministerio, interrogándome en este caso.

PROC. Contestad á la pregunta del señor, os lo mando.

VALTER He sabido la muerte... por la voz que se esparció.

PROC. ¿Que se esparció?... ¿En un bosque?... ¿Y en medio de la noche?...

VALTER ¿No acaban de arrestarme?... Estos mismos hombres me han...

JUAN Miente en esto, señor Magistrado; nadie le ha dicho nada; y prueba es que veis que no sabe el señor...

ABATE Silencio.

JUAN Se acabó... Ya no diré nada.

PROC. (No puedo adivinar vuestro intento.) (Al Abate.)

ABATE (Encomendad el silencio más profundo.) (El Magistrado encarga el silencio. El Abate saca un libro de Memorias y escribe algunas palabras.)

VALTER (¿Qué lazo tratarán de tenderme? No nos turbemos... Escribe... ¿Qué va á hacer?) (El Abate presenta su libro de Memorias al Magistrado.)

PROC. Entiendo. (Después de haber leído y mirando á Valter.)

VALTER (Tengamos cuidado.)

PROC. ¿Con que sabéis, Valter, que la desgraciada Cristina murió asesinada en esta granja?

JUAN ¿Cristina? (El Abate le hace callar.)

VALTER ¿Qué hay de extraordinario en que lo sepa? (Afectando serenidad.) ¿Es acaso algún secreto? ¿No sabe aquí todo el mundo que Cristina pereció esta noche? (Movimiento general. El Abate hace señal de silencio.)

ABATE Basta, señor Procurador del Rey. Yo cargo

con toda la responsabilidad de una acusación; y el señor es á quien denuncio como el único autor de la muerte de esta noche.

PROC. Advertid...

ABATE Sé á todo lo que me expongo, pero no puedo resistir á mi conciencia. La única gracia que os suplico es que os aseguréis del señor, y le mandéis guardar donde no pueda tener la menor comunicación con nadie. Tened además la bondad de oirme un momento fuera de esta sala, y me obligo á probar la culpabilidad de Valter antes de una hora.

VALTER Señor Magistrado, ¿podríais detener por más tiempo á un hombre á quien ningún indicio racional puede hacer sospechar?

PROC. Os equivocáis... Oís que se os acusa formalmente. Ciérrese la puerta de esta sala (A los guardias.) y guárdense los alrededores, y que nadie comunique con el señor bajo ningún pretexto.

JUAN Corro yo con la ejecución de la orden; os respondo del preso.

AGUEDA ¡Qué embrollo... qué laberinto!... (A Juan.)

JUAN Retírate... Es mi consigna. (Apunta con la escopeta.)

ABATE El arbitrio que Dios me inspira es extraordinario, raro; y si no acierto, sé que me expongo mucho, en razón, sobre todo, del carácter que me da mi estado; pero la pureza de mis intenciones me sostiene; y puedo confiar en una conciencia que nunca me engañó... Venid señor... (Todos los aldeanos y criados se van por el patio. Luego Juan cierra la puerta con llave, después de haber colocado en ella, por la parte de afuera, dos centinelas. El Magistrado, el Abate y Juan se retiran los últimos.)

ESCENA XII

VALTER, solo

Por más que cavilo no llego á comprender todo lo que me está sucediendo... No he di-

cho nada... No he hecho revelación alguna... Y ese hombre singular me acusa de repente... Si tendré encima... en mis vestidos... algunos indicios... sangre tal vez... no... no... nada veo... ¡Ah!... ¿Papeles que habré estraviado... (Registra precipitadamente los bolsillos y saca los papeles.) concernientes á Cristina?... Aquí están... nada falta... Cuidemos que no los vean... (Se apresura á ocultarlos.) ¿De dónde dimanará, pues, la persuasión del Abate L'Epée? ¿Pero será bien sincera esa persuasión?... ¿Y si fuera un lazo... una ficción para asustarme y sorprenderme alguna confesión?... Se contestaba el Abate con el Magistrado... Los hombres que me han arrestado y traído, parecían admirados, desconcertados... se les ha mandado callar... Sí... sí... no hay duda... No es más que un lazo que se me tiende... Era perdido si se hubieran aprovechado de mi primer espanto... Vamos... soseguémonos... Sospechan, nada más... Pero no pueden tener certidumbre ni pruebas... El señor de Belvil y Bonar dicen haberme visto... Su testimonio no basta. Les desmentiré. Nadie más me ha visto. Y, en fin, el único testigo de mi acción, es mi misma víctima... Cristina ya no existe... Nada, pues, tengo que temer, si soy dueño de mí mismo... Lo seré... Ya vienen... Estoy bien prevenido... Audacia y me salvo... (Los guardas salen por los dos lados y guarnecen el fondo del teatro. Luego Juan, los criados y todos los aldeanos, salen por una puerta lateral. Por el otro lado se presentan juntos el Magistrado, el Abate, Carlos y Bonar. Valter afecta mucho sosiego. Carlos hace un movimiento de horror viéndolo. El Abate enseña al Magistrado la puerta del fondo que se ha quedado cerrada. Todos se acercan: y Valter se encuentra en presencia del Abate y del Procurador del Rey.)

ESCENA XIII

PROCURADOR del Rey, ABATE, CARLOS, VALTER, BONAR, JUAN, AGUEDA, CRIADOS, ALDEANOS y SOLDADOS

VALTER (Quieren intimidarme con mucho aparato.. Ya me lo maliciaba.)

PROC. Valter, estáis en presencia de vuestro acusador... ¿Sabéis qué crimen se os imputa?... Una muerte... Un asesinato horrible... Los informes que acabo de recoger sobre los antecedentes de vuestra vida, (Valter hace un movimiento de sorpresa y se sosiega luego.) acreditan poderosamente la acusación. No conseguiréis engañar á la justicia. Pero podéis todavía aplacar la cólera divina, confesando vuestro delito.

VALTER Hace un momento que el señor (Esforzándose á sonreirse y señalando al Abate.) me hablaba por vos, en nombre de la justicia humana: ahora me acusáis vos por él en nombre de la divina... Sin detenerme á examinar si es decente, legítima y justa semejante acriminación, voy á responderos, y una palabra basta. No estaba yo aquí cuando se cometió el crimen, y nadie podrá probar lo contrario.

BONAR Os he visto.

CAR. Yo mismo os he perseguido esta noche, cerca de la granja, con las armas en la mano.

VALTER ¿Con las armas en la mano? (Irónicamente.) Para reconocer á alguien en una noche tan obscura, era preciso estar muy cerca de ella; y en ese caso habéis sido muy generoso no usando de vuestras armas... Pero ya he dado á conocer los motivos de vuestras acusaciones, y no debo refutarlas, sino con el silencio y el desprecio. (Carlos hace un movimiento de indignación, y el Abate le detiene.) Apelo á todos los que me rodean: ¿hay uno siquiera de vosotros que me haya visto en la granja?... Miradme bien... Callan; ¿lo véis?... ¿Y qué, entre los habitantes de esa granja, entre to-

dos los de este pueblo, ninguno me ha visto? ¡Están prontos sin duda á jurarlo... y sólo porque un criado pagado para mentir, un amante, cuya imaginación enferma persigue fantasmas, pretende sostener una impostura evidente, se me acusa de una muerte!... ¡Se atenta á mi libertad!... En cuanto al señor, cuyo celo podría muy bien llamarse harto indiscreto, si á esto se reduce esta famosa acusación que debía fulminar contra mí, es tan ridícula como su conducta imprudente; y para darle á él mismo una lección útil, yo soy quien voy á pedirle ahora satisfacción ante los tribunales.

ABATE — Os cito primero, miserable, os cito ante un juez más temible, más infalible que los hombres. Ante un Dios vengador, á quien no se puede engañar... Este juez inevitable no necesita pruebas, ni testigos, ni confesiones del culpado. Ve en su corazón el crimen y la mentira, prepara en silencio el castigo que le reserva, y en el mismo momento en que el malvado cree triunfar, su justicia resplandece por un prodigio, y viene á confundir su audacia. Ya se acerca ese formidable momento... ¡Sí, ya se acerca, infelice!... Huís en vano... vuestra conciencia os dice que ha llegado. Si la justicia de los hombres no bastase para alcanzaros, un poder sobrenatural abriría la tumba: veríais levantarse vuestra víctima pálida, ensangrentada, teniendo en la mano el fatal puñal que habéis clavado en su seno; y su voz, que apagó la muerte, volverá á animarse para denunciaros.

VALTER — ¿Yo?... (Turbado.)

ABATE — Vos mismo... ¿Os estremecéis?

VALTER — Sí... de indignación. (Afectando imperfectamente sosiego.)

ABATE — ¡No... es de espanto, de terror!... Esa justicia eterna que se olvida un momento, pero que tanto se teme después del delito, ya la tenéis encima... Invocadla vos mismo si no sois culpable.... Apelemos al tribunal de Dios... El cuerpo de vuestra víctima está

allí... (Señalando la puerta del fondo.) Descansa en el lúgubre ataud. Veamos si os atrevéis á acercaros... si os atrevéis á contemplar esas facciones lívidas; á tender vuestras manos sobre sus sangrientos restos, llamando sobre el matador la venganza celeste, y á jurar ante el Todopoderoso que no sois su verdugo... ¿Os estremecéis?... ¡Ah, tenéis razón!... Si os atrevieseis, seríais inocente.

VALTER Voy... (En el mayor desorden.)

ABATE Id, pues, y no olvidéis que Dios os ve y os oye. (Levantando la voz con tono muy solemne.)

(Todos se retiran, y dejan libre el paso hasta la puerta del fondo. Valter, esforzándose á disimular su turbación, se acerca titubeando y parándose varias veces. Todos le miran. Llegando á la puerta, se abre y aparece Cristina con un vestido blanco, el pelo suelto en los hombros, y con una mano señalando á Valter.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y CRISTINA

VALTER ¡Gran Dios!... ¡Detente... sombra terrible!... Detente... sí... sí... soy tu matador... confieso mi crimen... perdona... perdona... publicaré tu inocencia, mis delitos... (Retrocede horrorizado y tira los papeles.) Toma... toma .. A tus pies están todas las pruebas... Ahí están... ahí están, deja de perseguirme.

CRIST. ¿Lo véis, padre mío? Sostenedme... Yo fallezco. (El Abate, el Procurador del Rey y Agueda la rodean y sostienen.)

VALTER ¿Qué oigo... respira?...

ABATE Animo, hija mía... ha caído en el lazo... se ha vendido á sí mismo...

VALTER ¡Cielos! ¿Cuál es, pues mi víctima?

CAR. ¡Miserable!... Es mi madre... (Va á precipitarse á él y le detienen)

PROC. Aseguraos de él y llevadle. (Los soldados se llevan á Valter. Bonar y Juan recogen los papeles que estan en el suelo y los entregan al Procurador del Rey.)

ABATE Y vos, Cristina, vos, por tanto tiempo perseguida, vais á recobrar el honor. Amigos, reconoced en la Huérfana de Bruselas, á la Baronesa de Velmar, y la estimación de su amante sea para ella el premio de sus lágrimas y la recompensa de sus virtudes.

FIN DEL DRAMA

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO. — Es copia del original censurado.

Los ejemplares de esta obra se hall
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulen
todo ejemplar que carezca del sello
la *Sociedad de Autores Españoles.*